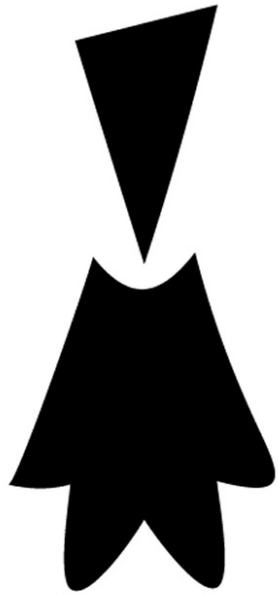
LA SEGUNDA VENIDA DE HILDA BUSTAMANTE

Salomé Esper

Sigilo



Salomé Esper

La segunda venida de Hilda Bustamante

para Bel
y Natividad

Hilda despertó con la boca llena de gusanos, la extrañeza de cuerpos blandos moviéndose contra sus dientes. Quiso sentarse con una furia muy parecida al asco pero se golpeó la cabeza con algo. Escupió. Escupió rápido y confundida hasta sentir su boca vacía de nuevo. Estaba oscuro, no veía nada, ¿había caído desde su colchón y rodado por el piso en medio de la noche? ¿Había olvidado cómo dormir después de 79 años? ¿De dónde salieron los gusanos?

Movió los brazos esperando encontrar un espacio amplio como el que imaginaba debajo de su cama pero en cambio sus manos chocaron con la resistencia de un material desconocido, una especie de pared muy fina, una caja muy gruesa.

Algunas veces, cuando era chica, Hilda se había despertado con la misma confusión de una siesta larga y pesada, no distinguía si apenas estaba atardeciendo o si ya era plena madrugada y había perdido un día entero, todas esas horas, toda esa pérdida. Puro silencio y quietud, no había ruidos ni señales de un mundo que todavía estuviera funcionando. ¿Habrían muerto todos? ¿Habrían muerto sus padres? ¿Habría muerto ella? Se acordó de eso ahora, y entonces lo supo. Sin entenderlo, sin poder explicárselo. Supo que había muerto. Y pensó: ¿hace cuánto? Con la duda vino también la tristeza pero espantó el pensamiento rápidamente, no podía ser mucho: ella, ahora, estaba viva. ¿Cuánto vive alguien así? ¿Cuánto podría? ¿Y cómo pasaba esto de seguir viva? ¿Qué hacía ella ahí si no era porque, sí, realmente, había muerto antes? ¿Qué hacía ahora entonces con los ojos abiertos, el asco todavía en la lengua, tocándose, palpándose, comprobando estar entera? Su lengua estaba intacta, el resto de su cuerpo también, era toda ella, como había sido siempre, hasta quién sabe qué momento cuando la guardaron en ese cajón que ahora comenzaba a ahogarla. Hacía tanto calor.

Despertó la humedad de su cuerpo cuando movió los labios y tragó saliva, preparándose. Despertaron los músculos cuando recordó el mundo allá afuera. Despertó todo lo que faltaba despertar del cuerpo de Hilda y comenzó a golpear la madera, sabía que arriba estaría la tierra y también tendría que atravesarla, que tenía que apurarse, el calor era demasiado, más que la tristeza, más que las preguntas, algo dentro de ella ardía.

Pasaron casi tres horas hasta que Hilda Bustamante pudo salir. Mucho o poco, no fue el tiempo quien tuvo que golpear, empujar, quebrar la materia que antes la

guardaba, separar la tierra en dos, desmentir un mal diagnóstico. Fue Hilda. Sacó un puño, un brazo, el otro, el resto de su cuerpo vivo, ella completa, se tapó los ojos del sol, tan fuerte el sol. Afuera por fin se sacudió la tierra rápido, como si recién se hubiera caído y levantado, se pasó los dedos por el pelo mirando a los costados, como si esos gestos inocentes y hasta elegantes pudieran borrar su pasado inmediato, como si no sintiera todavía ese ardor. Y sin querer pensar, pensó: ¿ahora qué?

La campana de la iglesia comenzó a sonar exactamente a las seis y media de la tarde, era el primer llamado para la misa de las siete. Alertado, Álvaro apuró el mate, guardó el pan, cerró el frasco de dulce, limpió las migas de la mesa con un trapo viejo y húmedo que Hilda hubiera tirado hacía meses, se calzó una gorra desteñida y, después de ajustar la imagen de sí mismo a los 79 años que el espejo insistía en devolverle, salió de la casa. Tenía que buscar a Amelia de la escuela.

Álvaro la había cuidado desde que era una bebé. Entonces él ya se había jubilado, Hilda iba y venía con las Devotas, que la misa, que la visita a los enfermos, que las colectas, y él se aburría solo en casa. Una bebé le parecía algo de lo más curioso. A veces le daba muchísimo miedo, un llanto espontáneo sin rastros de origen, una pequeña tos que robaba el aire; otras, se quedaba quieto y maravillado viendo crecer un gesto, algo que parecía una sonrisa, un intento de palabra. Como todos los días, ese viernes Amelia iba a merendar en casa y esperar ahí a su mamá. Al volver de la escuela, Álvaro tomaría mate de nuevo escuchando sin pausa ni relación de continuidad alguna todo lo que había pasado en la escuela. Todo. Desde el bicho extraño encontrado en la cancha hasta la pelea diaria con Lucía, esa compañerita de Amelia que a Álvaro le caía tan mal. Amelia no se daba cuenta de que no era una buena amiga, pero él no era quién para romper esa ilusión, y tampoco para hablar de amigos. Quizás Hilda hubiera podido, ella era la de las amigas, pero hacía ya casi un año de lo de Hilda.

Los primeros momentos habían sido muy difíciles, hubiera querido llorar a los gritos, desgarrar alguna ropa, dormir hasta otro año. Pero se suponía que estas cosas pasaban, ya estaban grandes, ¿qué esperar? ¿Y qué esperar del después de Hilda? Los demás aparecían con cualquier excusa y le preguntaban cómo estaba, si necesitaba algo, esa pregunta que jamás le habían hecho antes. Lo vigilaban, se daba cuenta. Las amigas de Hilda, las chicas de las Devotas, llegaban una vez por semana, a veces a rezar, otras solamente a llevarle un pan casero, a preguntar quién podría ayudarles a arreglar algo descompuesto. Cada conversación era un malabarismo hecho de pequeñas informaciones: lo poco que sabían de él, lo mucho que él sabía de ellas por Hilda, por esas tardes en el patio entre las plantas. Entonces ella pasaba su mano por cada rama, liberaba las hojas de bichos y sequedades y él, mate en mano, escuchaba cómo aquella begonia tardaba en florecer, que Carmen había comprado unas masas

riquísimas cuando la invitó a tomar el té, del poleo que ya se podía cosechar, de qué curioso era que Nora hubiera dejado de ser una Devota para convertirse en la tesorera de la iglesia, de la falta que le hacían las macetas grandes que tenía antes, de cómo la cara de Susana cambiaba cuando estaba en misa, de la cantidad de hijitos que tuvo el helecho que Clara le había regalado, de cómo había que regar cada cosa a su tiempo porque no todas necesitaban lo mismo, a veces solo se necesitaba una cosa.

A pesar de la vigilancia y de las buenas intenciones, Álvaro entraba lentamente en un letargo, disponiendo su cuerpo a la espera de otro tiempo en el que los dos estuvieran juntos de nuevo, su Dita y él. Pero Amelia, que sí había llorado a los gritos, no se demoró mucho en reclamar lo que le era propio: que la buscara de la escuela en la bici y su merienda de todas las tardes. Álvaro se sorprendió, pensaba que sin Hilda comenzaría a distanciarse de la nena, no tendría fuerzas para hacerla reír, no podría abrazarla como Hilda la abrazaba, pero dejó atrás la duda y la sorpresa y tomó esa pequeña manito para quedarse un rato más, ya casi un año.

Justo a la altura de la plaza comenzaba la segunda ronda de campanadas. Álvaro pedaleaba hacia la escuela, era como una coreografía apoyada en el ritmo de la fe de alguien más. Él nunca había estado seguro de creer en algo.

Eran tres las rondas de campanadas que tocaba el monaguillo, y apenas comenzaba a sonar la tercera salía corriendo por miedo a que el impulso de la cuerda lo levantara por las alturas y terminara entre aturdido y muerto en la senda peatonal que separaba la iglesia de la plaza. El monaguillo le hubiera querido contar de ese miedo a su papá para que no lo obligara a ir todos los días, pero su papá siempre le repetía lo mismo sobre cumplir con el deber.

La primera ronda de campanadas era para calentar, la segunda para apurar y la tercera directamente para dar culpa, porque, apenas terminaba la reverberación del último repique, el monaguillo ya estaba llegando al altar y el cura entraba por el pasillo como novia a punto de casarse. A Hilda nunca le había hecho gracia esa broma. Álvaro todavía se reía cuando lo pensaba, se había reído cada vez, pese al ceño fruncido de Hilda, pese a la repetición, se reía ahora en la bici. Casarse el cura, ay.

La plaza era un solo grito verde, parecía que habían limpiado cada hoja de cada árbol, remarcando el color, delineando los bordes. Los jardineros iban una vez al mes en épocas normales y una vez a la semana en elecciones. Esta era una época normal.

La tercera ronda de siete campanadas comenzaba justo cuando Amelia se subía al asiento de atrás de la bici. Ya se había agarrado fuerte de la camisa de Álvaro, como un gato, dejando como siempre en la tela esas dos marcas estrelladas de miedo a caerse. Ya se había puesto el vestido el cura. Álvaro comenzaba a pedalear. El cura se retocaba los labios y el rímel. Amelia pedía ir a la librería a comprar una goma

porque la había perdido de nuevo. La séptima campanada los encontró pasando la plaza relucientemente verde, «parece la de mi cuento, abuelito», dijo Amelia, y a Álvaro se le hicieron dos marcas estrelladas adentro del pecho.

Amelia no era su verdadera nieta, aunque cuánto de verdad hay en esas cosas. Irían a comprar la goma, sí, pero después de la merienda, claro. Octava campanada, no lo notó. Novena, décima: una sensación rara, algo que no correspondía, un milímetro corrido levemente de su eje, como cuando la imagen de la tele no termina de sintonizar y hay un halo de distancia entre el personaje y él mismo. Llegaron a casa y con ellos sonó la campanada número treinta. Nadie había llevado la cuenta, pero ahí estaba esa sensación de molestia, de exceso, eso ya no era un llamado a misa ni a la culpa ni a ver al cura tirando el ramo. Eso era otra cosa.

Bajó a Amelia con cuidado de la bici y miró a un lado y a otro de la calle, pero no había nadie con quien cruzar una mirada igualmente desconcertada. ¿Sería alguna urgencia?, ¿una colecta?, ¿el festival por aquel chico de las noticias que necesitaba un trasplante?, ¿no lo habían operado ya cuando llegó de repente el órgano?, ¿qué era lo que necesitaba, un pulmón, un esófago?, ¿se puede operar un esófago? Si de repente yo estoy aquí, digamos, en la puerta de mi casa y alguien tira un boomerang desde un patio cercano y me pega en el esófago, pensaba Álvaro, poniendo su mano ahí donde él creía que estaba el esófago... «¿Por qué no entramos?», la voz de Amelia quebró el pensamiento agarrando el boomerang en el aire. Álvaro se apuró a buscar la llave. En el mismo momento en que entraban en la casa, el sonido de las campanadas paró, el milímetro corrido volvió completamente al personaje, el silencio al aire. La mochila ya estaba en el piso y Amelia se trepaba a la silla sonriendo, tan poco nieta y tan nieta a la vez. Él también sonrió.

Prendió la tele mientras ponía la pava en el fuego, escuchando atentamente cómo empezaba el relato de lo que había pasado ese día en la escuela, cuando de repente Amelia paró su monólogo y levantando un dedo hacia la tele, con visible cara de espanto, dijo: «En la tele está mamá Hilda, abuelito».

Y ahí estaba Hilda, en vivo, sentada en el campanario de la iglesia, pasando el dorso de su mano muerta sobre su frente muerta secando un sudor repentinamente vivo. La cámara del canal local, que parecía ir hacia ella corriendo, detuvo su acercamiento desenfocado súbitamente cuando ella se dio vuelta y la vio, lo vio, los vio. Sonrió en un plano americano borroso y estiró con fuerza el brazo hacia abajo para tirar una vez más de la cuerda. La primera campanada de la cuarta ronda fue la que hizo estallar todos los vidrios de la ciudad.

Estallados los vidrios la gente pasó de una inmovilidad pasmada a la mirada fija en los cientos de fragmentos extendidos a sus pies. Unos se quitaban las esquirlas que habían saltado salvajemente a un brazo, a una pierna, otros salían a la calle esperando ver su desgracia reflejada en la de algún vecino.

Álvaro todavía estaba agachado sobre Amelia, como un escudo y arco humano a la vez. ¿Qué había dicho Amelia?, ¿algo sobre Hilda? ¿Y qué estaba pasando? La ventana rota, Amelia llorando a todo volumen, afuera más ruidos, apenas podía pensar. «Ya, ya, chinita, ¿te lastimaste?». Amelia negó con la cabeza, acompañando el llanto con hipo. Volvió a mirar la tele acordándose de mamá Hilda y en ese momento el miedo por el estallido de los vidrios, que se multiplicaba en un eco por toda la ciudad, ese miedo molesto y sin información, se transformó en horror, en un horror que sin embargo era familiar, y entonces más frío, y entonces más difícil de ser gritado, como esas pesadillas del año pasado cuando soñaba que había despertado ya, se estiraba un poco, buscaba a su peluche en medio de las sábanas y encontraba en su lugar una mano larga y huesuda sin cuerpo, con dedos doblados y agarrotados pero que, al mirarla, se abría rápido y totalmente. Amelia gritaba pero la voz no salía, Amelia podía ver la mano sin cuerpo y sabía que esa mano la miraba aun sin ojos, sabía que esa mano se reía aun sin boca, sabía que tenía que irse ya mismo de ahí, pero además de un grito mudo atravesado en su garganta tenía entonces esa idea insoportable: ¿qué tal si la mano podía correr tras ella aun sin piernas?

La última campanada había dejado a todos barriendo vidrios, limpiando heridas. Hilda siempre había querido tener esa fuerza, levantar un mueble ella sola, tirar el cuerpo de Genaro sobre la pared del fondo y que nunca nunca nunca Álvaro los hubiera encontrado ni se hubiera roto su corazón. Cada campanada era también ese amor latiendo, pidiendo perdón, no por haberse acostado con Genaro, eso tenía un fin noble y no estaba en duda, sino por meterlo en la casa, la casa de los dos, la casa que compraron con tanta ilusión y dos piezas, una para ellos y otra para los chicos.

No sabía qué hacer ahora. Lo del campanario no había sido un plan sino una tentación. Había pequeñas cosas que siempre quiso hacer en la iglesia, pero el padre Roberto parecía presentir ese anhelo y le asignaba la tarea o el permiso a alguien más. Hilda intuía que había en ello algo de enseñanza, pero cuando llegó ese día a la iglesia, ese día después de quién sabe cuántos otros días, todavía con tierra adentro de sus zapatos y pegoteada en la frente, buscando guía, buscando a alguien que le dijera qué estaba pasando, alguien que no fuera Álvaro, porque cómo podía presentarse así delante de él, sin saber bien qué pinta tenía porque no había pasado delante de un espejo y había elegido la calle con menos negocios, se dio cuenta después, para evitar no solo a la gente sino el reflejo de las vidrieras, qué tal que era una muerta viva como las de esas películas espantosas, qué tal que veía gente y le daba un deseo irrefrenable de morder. No sabía qué más podía pasar, nunca llegaba al final de esas películas, se cansaba antes, las encontraba absurdas. Por un momento muy breve había pensado en correr a casa de alguna de sus amigas pero al imaginar ese instante en que ella tocara a sus puertas y del otro lado apareciera Carmen, o Susana o Clara, no podía dejar de imaginar también esas mismas caras en su velorio, y el dolor era tan fuerte que casi ardía, no, ahora no quería, ahora no podía pensar en eso.

No era una opción llegar así con ellas, tampoco con Álvaro. Además, había escuchado las campanas antes de sus campanadas y sabía entonces que era la hora de buscar a Amelia, seguro estaban llegando a casa, qué tal si Amelia se asustaba, con lo miedosa que era la pobrecita. Hubiera querido decir que el corazón le latía con fuerza pero era todo su cuerpo latiendo, indistinguible el epicentro, abrumador el golpe, un latir que todavía no sabía si era real. ¿Cómo podía latir después de estar enterrada?, ¿había latido todo ese tiempo bajito bajito como para mantenerse viva?, ¿había latido un día tan de golpe y fuerte que se despertó?, ¿eso pasaba siempre?, ¿a cuántos más

les había pasado?, ¿habría muchos otros vivos enterrados sin poder salir?, ¿habría muchos muertos que estaban vivos? Lo único cierto era que toda ella latía, quizás a fuerza de preguntas, mientras se acercaba sigilosamente a la iglesia, esquivando las calles más concurridas, haciendo un rodeo larguísimo para no pasar por la escuela. La emoción la desbordaba. Ya no era una muerta viva sino una espía entrando en silencio por la puerta lateral de la sacristía y encontrando al padre Roberto con las manos sobre las tetas de Nora, apretados, besándose profundamente sin gusanos en la boca.

Parecía que el beso no iba a terminar más. Hilda usó ese momento para calmar su agitación. Cuando por fin cada boca volvió a su cuerpo, el cura todavía con las manos bajo la blusa, Nora miró hacia la puerta y comenzó a gritar totalmente horrorizada. La escena era devastadora, no era alguien mirándolos, solo alguien, era Hilda, Hilda que había muerto, Hilda que había muerto y estaba ahí parada, Hilda que había muerto y estaba ahí parada sin inmutarse, con esa cara de saber. Hilda se preguntaba si el grito sería por ver a un muerto o por haber sido descubierta. Sin saber la respuesta, algo la alegraba: la veían, no era ella misma un alma sin cuerpo, esa tierra que le picaba se asentaba en carne real y visible, ahí estaba Nora como su testigo, ahora en el piso, gritando, ahí estaba el cura, moviendo su boca sin decir nada, doblando su cuerpo y chocándose con todo. El padre Roberto abrió tan rápido un cajón del escritorio que el cajón se salió por completo, volaron las llaves que buscaba, los papeles, las estampitas, él también se cayó siguiendo el impulso, tocó en su caída la pierna de Nora, que lo miró a los ojos y gritó todavía más fuerte sin moverse, él alcanzó las llaves y se fue corriendo por la puerta que daba al interior de la iglesia, mientras terminaba de sonar la última campanada de la tercera ronda. Hilda sonrió pensando en el vestido de novia, en el velo levantado por la velocidad con la que el cura corría. Nora la vio sonreír y aumentó el volumen del grito, esa garganta estaría destrozada mañana. Hilda se supo entonces dueña de un inmenso poder. Miró directo a la escalera que llevaba al campanario y corrió hacia arriba a toda velocidad.

El canal local estaba transmitiendo en vivo una entrevista sobre los arreglos de la plaza central. La transmisión se hubiera cortado sin más para volver al estudio pero el tape de la nota que seguía se trabó en la videocasetera y José, productor, accionista y director del canal, le hizo un gesto al conductor del noticiero para que llenara ese tiempo. El conductor amaba estar frente a las cámaras, pero no amaba improvisar, y le pasó la batuta de nuevo al periodista en la plaza, Alberto Giusti, principal y único notero todoterreno, locutor de radio FM Silencio y animador de bailes, amante, sí, de la improvisación. Lucas, el camarógrafo, recién egresado de la escuela de cine de la capital, hijo pródigo de la ciudad y de José, había aceptado el trabajo «muy por debajo de sus capacidades» para que su papá dejara de repetirle todo el tiempo que estaba en deuda con él. Distraído por la perorata francamente aburrida de Alberto porque, en serio, ¿cuánto más se podía hablar de esos arreglos?, Lucas comenzó el paneo de rigor desde los árboles podados hasta la avenida y de vuelta a la plaza pasando por la esquina de la iglesia. Alberto ya se peinaba el jopo esperando la vuelta de la cámara pero Lucas no giraba, estaba completamente aturdido y embelesado por el sonido de las campanas que llevaban ya un rato sonando sin parar. Comenzó a acercar la imagen en un zoom agonizante que valió la mirada de desprecio del conductor en el piso y el gesto de frustración y enojo de José porque, en serio, ¿eso había aprendido en tantos años de estudio y gasto? Fue entonces cuando el plano llegó a su máxima cercanía posible con la campana y con la señora que la hacía sonar arqueando todo su cuerpo, subiendo y bajando los brazos con un ímpetu hipnotizador, como si quisiera no solo que la campana sonara lo más fuerte que podía sonar sino hacer que bajara, que se desplomara entera de ese campanario y quedarse ella en su lugar, despeinada, borrosa, riendo, triunfante, y en ese momento, en ese preciso momento, el tape entró por fin desde la otra sala del canal con el informe del último partido del club local, perdieron de nuevo.

Ese día no hubo misa. Las veinte o treinta personas que estaban en la iglesia habían visto pasar corriendo al cura por el pasillo principal con la cara desfigurada. No terminaban de cerrar la boca, confundidos, cuando escucharon un auto arrancando en el estacionamiento de al lado y al mismo tiempo el sonido de las campanadas que comenzaba de nuevo, una tras otra, sin parar. ¿No eran demasiadas ya? En medio de esa confusión sin palabras, de ese aturdimiento, apenas atinaron a escaparse ellos también cuando los vitrales se quebraron, corrieron por el miedo a que algún pasaje de la crucifixión se incrustara como espinas en sus propias pieles.

El cura ya estaba a treinta kilómetros de la ciudad cuando Hilda alzó la mano y tocó la puerta de su propia casa. Abrió Amelia.

–Abuelito, vino mamá Hilda.

Ellos se miraron como si no existiera nada más a su alrededor. Después de ese momento todo fue más o menos parecido a la historia de cualquier otra relación amorosa sobre la faz de la Tierra: citas, promesas, desencuentros, compromisos, entusiasmos breves, tristezas, peleas, tristezas más agudas. Pero ese primer momento de magia existió y a ese momento volvían los dos, más ella que él, que era más amigo del presente, cada vez que el dolor la drenaba. Cuando se conocieron, ella tenía 32 y él 31. Hilda había llegado con la comitiva que visitaba el lugar de trabajo de Álvaro. Él llevaba diez años como operario en la fábrica local, ella se encargaba de los legajos de empleados en la sede central que quedaba en otra ciudad. No tenía mucho que ver con ese viaje pero los jefes habían notado en Hilda cierto tono neutralizador de las malas noticias que a veces tenían que dar. Los compañeros de Álvaro estaban más indignados con él que con el anuncio, ¿por qué la sonrisa?, si estaban hablando de recortes en los equipos de seguridad, ¿y si había otra explosión como la de hacía tiempo?, ¿dónde estaba su sentido de realidad? No estaba ahí, claramente, Álvaro ya imaginaba una vida con la señorita Bustamante, no dejaba de mirarla mientras ella escribía en la reunión y alguien hablaba de fondo sobre algún tipo de esfuerzo por el bien común. Siempre fue ese el orden del cariño en el recuerdo de Álvaro. Nunca supo que Hilda lo había visto antes, apenas entrando en la fábrica. Que por seguir viéndolo había suspendido su propia elegancia al tropezar camino a las oficinas, al pasar por la sala de máquinas. Que había estado leyendo su legajo mientras fingía tomar notas para saber si era soltero, que no pudo evitar sonreír mínimamente cuando lo confirmó y él ya la estaba viendo, que ella quiso disimular haciendo otro gesto pero olvidó dejar de sonreír, y él también sonrió. Lo mágico también puede ser torpe. Ese haberse fijado antes en él era una de las cosas que Hilda jamás contaría, que eran solo de ella. La comida integradora del día siguiente fue la excusa para que se sentaran juntos, ayudados por los demás, que ya habían perdonado a Álvaro la falta de espíritu gremial. Fue la primera conversación de todas.

Se casaron al año y medio y se mudaron ese mismo día. Hilda había dejado su trabajo sin mucho pesar y esperaba encontrar en este nuevo lugar lo que no había tenido antes. La fiesta de casamiento solo fue una comida en un restorán: no hubo fiesta. No tenían plata ni familia con plata, eran más bien sueltos, como decía Hilda, sueltos de sus familias. Álvaro era el último de su linaje, el más pequeño y único

hombre de una extensa familia que comenzaba con cuatro hermanas. Hilda era la hija única de padres ya fallecidos, un péndulo oscilando sin centro. Al restorán fueron, de parte de Hilda: una amiga de la otra ciudad con su esposo y sus dos hijos pequeños que no volvería a ver a partir de ese día; de parte de Álvaro: las cuatro hermanas sin acompañantes, los padres muy viejos ya no salían de casa. Todas se habían casado y tenían hijos, pero no compartían esa parte de sus vidas con Álvaro, delante de él cada una era su madre, cuatro madres de distinta altura y distinto nombre, desilusionadas porque Hilda era ya una mujer «pasada de tiempo», «difícil de prender», como decían cuando Álvaro no estaba cerca. Y es cierto que casi nunca estaba cerca. Álvaro tenía una disposición de carácter muy distinta, una calma a contramano de la mirada y la frente tensa de sus hermanas, quizás el enojo viene con los hijos, pensaba, y se imaginaba enojado frente a sus hijos también imaginarios y sonreía y ponía de nuevo la vista en otra cosa más lejana, la mano en el manubrio. Andaba en bici, esa era otra cosa que les molestaba, cómo un hombre de su edad en bici, a esa edad ya debería tener un auto lleno de hijos, no una bici, una bici es para un hombre solo, un hombre solo que no tiene a quién llevar y que come solo lo que alcanza a cargar en una bolsa colgada del manubrio, una lata de atún, una lata de cerveza, pan. Si Hilda se casaba con él seguro tenía la misma mirada pobre hacia el futuro, cómo se iba a casar con un hombre que andaba en bici, seguramente algo malo escondía y eso la hacía peor que él, venía de vuelta de alguna turbulencia cuando menos, era una mujer aniñada cuando mucho.

Pero ni Hilda era una mujer aniñada de pasado turbio, ni Álvaro un bebedor de cerveza sin planes. Y estaba ese momento, torpe, de magia.

Terminada la comida, el flamante matrimonio se fue a la casa nueva. Ya habían mudado los muebles, pintado las paredes. Sobre la mesa de la cocina un mantel de plástico simulaba un tejido. En la pared, un portallaves de madera con un pequeño espejo rectangular dejaba reflejar solo los ojos de los recién llegados. Una lámpara transparente con flores talladas en el vidrio bajaba del techo. Siguiendo el pasillo estaba el baño con azulejos de discreto beige y pequeñas flores blancas. Más allá, enfrentadas, las dos habitaciones: la de ellos y la de los chicos, dos chicos, Camila y José, los ocupantes del asiento trasero del auto que vendría con ellos antes de saber que en realidad no, que no llegarían, ni ellos ni el auto, que Hilda no tenía madera y lo había engañado con falsas promesas, como decían las cuatro hermanas.

Ellos se miraron como si no existiera nada más a su alrededor. Después de ese momento todo fue más o menos parecido a la historia de cualquier otra relación amorosa sobre la faz de la Tierra: citas, promesas, desencuentros, compromisos, entusiasmos breves, tristezas, peleas, tristezas más agudas, muerte, entierro, desentierro, correr hasta la iglesia, colgarse del campanario, hacer estallar los vidrios de toda la ciudad aun sin saberlo y tocar a la puerta con la determinación de una persona que no sabe si está muerta o si está viva pero que extraña y no tiene adónde ir. Abrió Amelia y dijo:

–Abuelito…

Álvaro apareció atrás, en el pasillo, para ver quién era, y la vio. Caminó hasta la puerta sin errores: un pie detrás del otro, años de ejercitar sus sentidos para responder a la imagen de Hilda, al olor de Hilda, a la piel de Hilda. Ellos se miraron como si no existiera nada más a su alrededor. Llegó a la puerta. ¿Había otra cosa posible en ese momento que no fuera el abrazo? No lo supieron. Fueron el uno al otro, como habían sido. Un abrazo de reencuentro, de haberse extrañado tanto. Álvaro la abrazó más fuerte porque era tanto tanto lo que la había extrañado y entonces Álvaro, sin soltarla, abrió los ojos que hasta ese momento estaban cerrados y apretados de tanto tanto amor, porque se acordó.

No quiso moverse un milímetro de ese amor reencontrado, no quiso reconocer en ese oleaje dentro de su cuerpo el miedo, intentó convencerse de que era en cambio sorpresa, es sorpresa, no es nada más que eso, no entender qué está pasando, ¿lo entendería Hilda? ¿Podría ella darse cuenta de ese terror estúpido que de repente llegaba para avisarle a él que Hilda había muerto, justo a él que la había encontrado casi un año atrás, justo a él que casi no había podido seguir vivo después sin ella?, ¿avisarle qué?

Álvaro se quedó tres minutos enteros guardando la misma y exacta disposición de su cuerpo, la leve inclinación, la cercanía, la presión de sus brazos sobre la espalda de Hilda, su cabeza apoyada contra la de ella, el amor y el terror y los ojos abiertos. No iba a moverse por ese estúpido miedo, por ese no entender que seguía tironeando de sus músculos para avisarle. Ella no era una experta, pero llevaba un rato más que él sabiendo y lo alejó con delicadeza. Intuía que Álvaro tarde o temprano iba a entrar en pánico, no sería normal que no lo hiciera. Y sabía también que tenían que hacer algo

con Amelia, parada al lado de ellos con la boca abierta y un charco de pis a sus pies.

Hilda se agachó para agarrar con sus manos la cara de Amelia. «Qué grande estás, chinita hermosa, pero no hay que hacerse pis. ¿Te asustaste? Soy yo, ¿te acordás de mí? No tenés que asustarte». Y eso era para los dos.

Amelia negó con la cabeza, claramente mentía, pero no quería tener miedo, y eso era verdad.

«Vamos a cambiarte la ropa porque así no podés estar», dijo Hilda y le ofreció su mano. Amelia miró la mano, la miró a Hilda, miró la mano de nuevo. Álvaro no pestañeaba siguiendo la escena, aprovechando esa pausa que lo ponía un poco entre paréntesis para mirar con más fuerza. «Tenés las uñas sucias, mamá Hilda». Hilda sonrió, Amelia sonrió, Álvaro seguía sin pestañear. «Entonces las dos tenemos que limpiarnos bien». Y las dos se fueron por el pasillo hasta el baño como si no hubiera pasado un año ni la muerte y desde el baño se escuchaba cómo Amelia le contaba de los vidrios y que era *eso* lo que la había asustado y no otra cosa y casi sin pausa entre un tema y otro cómo Lucía le había dicho que podían jugar juntas con su muñeca nueva pero después, en el recreo, se la había prestado a todas las otras chicas y a ella no. Álvaro envidió por primera vez a Amelia, su soltura metafísica, su discurso sin límites, la imperiosa necesidad de hablar antes que entender, su amor sin preguntas.

Comenzaba a preguntarse él mismo, en medio de toda esa emoción, si su amor no era tan incondicional como había pensado y entonces Hilda lo llamó por su nombre para preguntar dónde estaba la muda de ropa de emergencia para Amelia que guardaban en casa, y en ese momento, al escucharla, al escucharse en esa voz, se encontró en su nombre como hacía tiempo no se encontraba, y su cuerpo volvió a su cuerpo, letra por letra, sin saber que antes se había ido. Cerró la puerta de la casa y fue a buscar la ropa.

Lo que se sabía hasta ahora era: la misa nunca comenzó por el reviente de los vidrios, cuando quisieron buscar al cura, el cura no estaba, algunos lo habían visto salir corriendo, lo buscaron por todas partes, Nora, la tesorera, seguía en shock nervioso, lloró tanto que se le bajó la presión y la policía no le quiso preguntar nada más, la policía andaba como bola sin manija, primero pensaron que solo se habían roto los vitrales de la iglesia hasta que todos los vecinos comenzaron a llamar a la comisaría y preguntar qué pasaba, entrevistaron al notero y al camarógrafo del canal como si ellos tuvieran la culpa, algo tendrían que haber visto si estaban cerca, el dueño del canal se enteró y fue a hablar con el comisario Galíndez porque a su hijo «nadie lo trata así», del notero no dijo nada, el comisario no reprendió a nadie, más bien esperó a que el dueño del canal se fuera y, apenas terminó de pasar por la puerta, llamó apurado a los oficiales y acodándose en la mesa de recepción les preguntó qué cosa nueva sabían, si era verdad lo que había escuchado de que el cura se escapó porque era medio siniestro, los oficiales se miraron, no sabían nada, Zurita no estaba del todo seguro del significado de «siniestro», Hernández más preocupado porque su hijo estaba preparándose para la comunión y su mujer le había dicho que había algo raro en el cura y él como siempre le dijo «qué va a tener de raro, cómo inventás», y le insistió a su hijo para que fuera todos los días a la iglesia a cumplir con su deber de monaguillo, ahora qué le iba a decir, peor, qué le tendría que preguntar, todo eso vino a su cabeza en un segundo mientras el comisario lo miraba esperando una respuesta, «no, nada, lo de los vidrios preocupa más a la gente que lo del cura», metió con tono profesional Zurita, el policía más petiso de toda la seccional. «¿Qué dicen en la fábrica?». «En la fábrica no pasó nada porque allá no tienen vidrios, tienen ventanas muy altas con rejas, para ventilación, pero no vidrios». «No estoy preguntando si algo se rompió en la fábrica, estoy preguntando si no pasó algo ahí, no sé, una explosión, un trabajo que se fue a la mierda como la vez de Cachito». «No, jefe, no, no, nada que ver con lo de Cachito, no pasó nada, estaba todo normal». «¿Y qué decimos ahora? Seguro van a venir del canal a preguntar, hay que ganarles de mano. Si te los encontrás, Hernández, les decís que estamos investigando pero que si no hay una denuncia contra alguien no podemos hacer nada, que es el protocolo», pero Hernández estaba pálido, murmurando algo inentendible. Zurita cazó al vuelo la oportunidad y se ofreció a hablar en su lugar. El Jefe miró hacia abajo, como si Zurita

midiera mucho menos de lo que medía, y le dijo: «Bueh».

Casi un año sin verse. Amelia jugaba en la bañera y fueron de la mano hasta el sillón, podrían escucharla desde ahí, con la puerta del baño abierta, el clima era gentil, el pequeño cordón de sierras guardaba siempre, un rato más, el calor de las tardes.

Álvaro había sentido el tiempo sin Hilda dos veces, tres veces, cuatro veces, cada día como un mes, cada mes como un año, pero recién ahora, con Hilda al lado, se daba cuenta de ese peso que había estado cargando. Sentados, con las manos juntas, encimadas, Álvaro atravesó de nuevo todo ese tiempo al preguntar:

–¿Qué pasó, Hildita?

Hilda bajó la mirada y levantó los hombros, encorvándose como si ella toda fuera un signo de pregunta.

–No sé. Abrí los ojos y estaba allá.

Los ojos de Álvaro se llenaron de lágrimas, de culpa, ¿la había enterrado viva?, ¿a ella?, ¿al amor de su vida que juró después de lo de Genaro cuidar más que a nada? ¿Cuarenta y seis años de casados no alcanzaban para diferenciar si su mujer estaba viva o muerta?

Hilda volvió a mirarlo.

–Tenía la boca llena de gusanos –dijo con un gesto de asco que Álvaro instantáneamente copió.

–¿Qué hiciste con los gusanos?

–Los escupí, qué iba a hacer.

Álvaro se rio inesperadamente y la risa se le convirtió en una mueca extraña cuando se dio cuenta de que quizás no era pertinente reírse. Hilda copió la mueca instantáneamente. Esa era la clase de cosas que las hermanas de Álvaro odiaban.

–¿Cómo saliste?

–Cuando me di cuenta que era tierra tierra, por el olor, por los gusanos, porque se desarmaba como la tierra, me comencé a desesperar. Iba a gritar pero ahí pensé en los gusanos. Tenía miedo que se me metieran de nuevo en la boca, era raro, viejo, ¿por qué iba a tener gusanos? No podía saber yo, cómo iba a saber. Me di vuelta para que no me entrara nada más en la boca y empecé a hacer fuerza con la espalda, para arriba, ahí se rajó un poco la madera, escuché el ruido, me di vuelta y comencé a pechar con los brazos. Me duele todo ahora, cuando corría no lo sentía.

–¿Cuando corrías para venir aquí?

Hilda sintió un calor golpeando en su pecho y la respiración suspendida por un momento.

–Sí –dijo.

Ciento cuarenta y cuatro kilómetros después, el padre Roberto comenzó a bajar la velocidad, de huida a paseo. Hacía mucho que no paseaba. Pasear no era algo que hicieran en su familia, solo habían salido una vez, cuando la hermana de su mamá llegó de otro país. Fueron al río del pueblo de al lado, donde sí había río y pasto y podía uno sentarse como si la naturaleza fuera una amiga más. Habían preparado un pícnic como los de las revistas: mantel en el piso, coca colas de vidrio, pan y fiambre. Su papá estaba visiblemente incómodo por esa informalidad, parecía que iba a explotar adentro de su propia ropa, mantuvo un gesto serio durante toda la tarde y solo habló cuando la tía le preguntó por el famoso accidente de la fábrica. Comenzó a contar entonces aquella historia con fechas y detalles cada vez más precisos pero con el habitual tono de preferir estar en cualquier otro lado menos en esa conversación; cuando llegó al día que todos recordaban –siempre de manera distinta, siempre con otros protagonistas– algo pasó: los ojos se le prendieron, la piel se tensaba donde antes caía y se volcaba donde antes parecía el busto de un prócer desconocido. Robertito lo notó, notó el cambio, y eso, ahí, era una aurora boreal: su padre mostrando una emoción, su padre interesado por algo, su padre conmovido. Qué no hubiera dado por alargar ese momento para toda la vida, todo lo hubiera dado, su colección de revistas, su botella fría de coca cola. Cuando llegó el momento de relatar el desafortunado error de Cachito y la explosión, el padre se quedó mirando fijamente la botella que él tenía en la mano, esa que estaba a punto de ofrendar para que la vida que de pronto le había sido insuflada al hombre se quedara ahí para siempre por favor –mucho después supo que ese había sido su primer rezo– pero entonces, repentinamente, volvió la dureza sin destellos del prócer y la historia terminó en la injusta brevedad de una frase: «Era buen tipo, Cachito», dijo. La emoción se había ido, abandonando totalmente ese cuerpo incómodo al lado del río. Cuando levantó los ojos de la botella hacia los ojos de su hijo, no era tristeza lo que había, era el desprecio de siempre.

La confirmación de que no podrían tener hijos no fue tan dura como imaginaron que se iba a sentir: un frío helado corriendo por la columna, la sensación de que todos los huesos del cuerpo se desprendían de su firmeza. No. Fue suave, fue, incluso, reconfortante. No había que esperar más, no había que ilusionarse de nuevo, no había que seguir viviendo solamente en el futuro. Ese día volvieron del médico en taxi, cada uno miraba por su ventana, las manos agarradas sobre el asiento y el silencio. Cuando entraron a la casa parecía que los muebles habían recuperado un espesor anterior, que las cosas les hablaban, pero no como quien habla por primera vez, sino como alguien que ha recuperado la posibilidad de hablar. Todo hasta ese momento había sido sostener el aire dos tiempos más de lo usual en el pecho, esperando un golpe o un milagro. El milagro no tenía dónde ocurrir y saltó la casa, de techo en techo, hasta quién sabe dónde. El golpe venía anunciado así que no fue tan fuerte, fue perdiendo fuerza en la sospecha, atajado por las paredes, dejado atrás en cada metro que recorría el taxi.

Ese día Álvaro decidió pintar la habitación desocupada frente a la suya, siempre en la espera, la pintó de un naranja vivo que parecía brillar, puso ahí la máquina de coser de Hilda, al lado de la ventana para que tuviera más luz, más aire, hubiera querido llevar más cosas pero no tenían tanto, llenar cada vacío, poner ahí el mundo entero, hacer de ese cuarto un altar para Hilda.

Lo de Genaro fue poco tiempo antes. Entonces Hilda estaba convencida de que era una gran idea, se regodeaba en su propia lucidez. No había fallas en el plan, justo porque era un plan y no un impulso. Era la forma de conseguir que Álvaro estuviera tranquilo y que comenzara por fin a existir esa familia más grande que anhelaban.

Genaro tenía la misma edad que Álvaro. Era más corpulento, más fuerte, de voz más grave, de risa pronunciada, de mirar a Hilda profundamente y sin disimular. No era un tipo asqueroso, hay que decirlo, no miraba a todas las mujeres, Hilda tenía la exclusividad de su atención desde el primer momento en que la vio. Ese día, tomando un café frente a la plaza, cerca de su despacho, pensó que por fin alguien le despertaba un verdadero interés, nunca antes la había visto, ella caminaba sola como si estuviera conociendo el lugar, y enseguida vio a Álvaro dar unos pasos apurados hasta alcanzarla y agarrarle la mano sonriendo. La mujer le contestó con la misma sonrisa y se supo derrotado. Cómo podía ser así de fugaz la esperanza. Llegó a presentarse en alguna ocasión, a intercambiar algunas palabras siempre rodeados de más gente, pero nunca intentó un real acercamiento, a pesar de que el efecto de esa primera vez no pasaba, por alguna razón permanecía, cada vez que la veía de nuevo el pasmo absurdo, la mente nublada, la vista funcionando como único sentido, sabía que estaba casada, que no cedería a sus encantos si él intentara desplegarlos, ¿cuáles serían los encantos de Álvaro?, ¿qué pudo haber hecho él?, se preguntaba cada vez que los veía. Pese a la insistencia de sus padres y tías, y tíos y primos, y primas y hasta sobrinos, Genaro no quería casarse. Ellos le decían que cualquier mujer estaría feliz de casarse con un abogado, decente, respetado, así de pintón. Él decía que nadie le interesaba. Era cierto que frecuentaba algunas señoritas pero se aburría enseguida, prefería meterse de lleno en su trabajo, esperar. Hilda había notado la mirada de Genaro, también su prudencia, sabía que no era un charlatán, que no perdía el tiempo, era más bien educado y hasta elegante, se podría decir que intachable.

Ella estaba segura de que el no poder concebir obedecía a alguna mala suerte venida en el cuerpo de Álvaro, nunca se le ocurrió que era una mala suerte compartida. El médico les había pedido análisis exhaustivos pero ella pensaba que lo hacía para no hacer sentir mal a Álvaro, para cumplir con el uno dos tres del consultorio, no porque hubiera en su propio cuerpo esa otra imposibilidad. Estaba convencida, segura, y fue eso lo que se recriminó después, no tanto el haberse

acostado con Genaro.

Porque la idea era simple: Genaro estaba interesado en ella, era limpio, confiable, su cuerpo daba muestras de hombría, las muestras que por lo menos Hilda podía leer, era discreto, era cuestión de una sola vez y ya. Un acuerdo, ¿por qué no podría salir bien un acuerdo? Casi una transacción, no había erotismo en una transacción, había búsqueda de resultados: un hijo y un marido contento, con suerte dos hijos, gemelos, así no tenía que repetir el método, pero con uno en principio bastaba, José o Camila, Camila o José, daba igual ahora, después no, claro, después cada uno, pero ahora lo importante era existir.

Hilda escribió no una carta, sino una nota:

Genaro, sé de sus intenciones conmigo. No busco corresponderle pero podría usted ayudarme si está de acuerdo. Necesito discreción, por favor, ante todo. Le propongo que charlemos como adultos y en privado. Lo veo mañana a la siesta en su oficina, imagino que no habrá otras personas. Pasaré a las tres, indíqueme que está adentro dejando abiertas las persianas. Deje la puerta sin llave así puedo entrar sin que usted tenga que abrir. Hasta entonces, Hilda.

En ningún momento Hilda pensó en aclarar que no se enojaría ni ofendería si él no quisiera reunirse, que podían olvidarlo todo si no estaba de acuerdo. Daba por hecho que lo encontraría en su oficina al otro día. Esa falta de duda, pensó después, ¿de dónde salía?

Le dejó la nota sobre la mesa donde Genaro tomaba un café frente a la plaza, mirándolo a los ojos, después de ver que el mozo había entrado y que solo quedaba él en la vereda. «Buenas tardes», dijo ella y dejó el papel doblado, sin demorarse ni en cambiar el ritmo de su caminata, segura como no había estado de nada antes en su vida salvo de Álvaro, era, pues, la misma seguridad, esto también era Álvaro, no había distinción.

Genaro no alcanzó ni a devolver el buenas tardes y ella ya había seguido camino. Él era un adolescente de nuevo y no sabía qué hacer. Miró a todos lados, nadie lo veía, ella estaba cada vez más lejos, desdobló lo que para él no era una nota sino una carta y se sorprendió, se confundió, se alegró y se llenó todo de inmensas expectativas que lo desbordaron desde ese momento y para siempre.

Las opciones que Genaro había pensado iban desde hacer el amor ahí mismo en ese momento hasta pedirle que se casara con él. En el medio estaba dispuesto a verla en secreto, fugarse del país con ella y hasta pensó en la posibilidad de cometer un crimen pero volvió rápidamente de esa idea porque Hilda ya entraba en su oficina.

Se quedó de nuevo sin palabras.

Hilda le dijo «Buenas tardes», suave, concreta, «Permiso» y se sentó del otro lado del escritorio, en una de las sillas tapizadas de cuero. Su voz era una línea perfecta trazada desde la muñeca del pescador hasta él, el pez a punto de morder.

Sin esperar, Hilda le dijo que buscaba su ayuda, si él quisiera colaborar, no había vergüenza y tampoco pasión, eso, extrañamente, lo apasionó aún más. Era un pez nadando enloquecidamente hacia el anzuelo que no había terminado de hundirse.

Genaro entendió que ella no estaba enamorada de él, que no le interesaba la aventura, que el encuentro sexual sería solamente práctico, que nada garantizaba la ternura ni el deseo, y dijo que sí.

–Hilda, estoy dispuesto a ayudarle en todo lo que pueda, cuente conmigo y con mi discreción.

El pez se retorcía de gozo.

Álvaro se iría desde el jueves a la mañana hasta el viernes por la noche. No era prudente dejar todo para el último día y la idea de encontrarse con Genaro el viernes parecía muy cercana a una cita real, así que Hilda lo convocó ese mismo jueves. Llamó al mediodía a la oficina para que él pudiera salir sin sospechas a la hora de la comida. Genaro cortó el teléfono y en el mismo envión ya estaba poniéndose la chaqueta. Llegó a la una, puntual, excesivamente perfumado.

–¿Quiere algo de tomar?

–Podría tomar un whisky.

–Tengo jugo.

–Jugo está bien.

Hilda le alcanzó un vaso. No le ofreció sentarse. Estaban parados mirándose de frente. Hilda con una mano encima de la otra, él apoyando una mano sobre una silla y en la otra el vaso. Comenzó a tomar el jugo, mirándola. Ella sostenía la mirada. Él se sintió repentinamente obligado por nadie más que por él mismo a tomar todo el vaso de una sola vez. Terminó.

–¿Vamos? –dijo ella.

El cuarto era el de los casados. La ventana que daba al patio estaba totalmente abierta, entraba toda la luz, no había nada que esconder ahí, no había tampoco nada escondido. La cama de dos plazas, una mesita a cada lado, el ropero compartido, todo limpio, todo cerrado y todo luminoso al mismo tiempo. Hilda al costado de la cama, mirándolo.

Él entendió que debía acercarse, quizás la cercanía podría cubrir tanta luz, quizás ahora que estaban tan cerca, a centímetros del otro, Hilda le permitiría conocer su verdadero yo, esa mujer apasionada que él imaginaba. La besó profundamente. Hilda no fue ajena a ese beso, era un buen beso, Genaro era un buen hombre, ella sonrió pensando que el plan funcionaría, él sonrió pensando que ella le sonreía. Cada uno fue feliz por separado en esa cama.

Cuando todo terminó, él intentó acercar su mano para acariciarla pero ella ya estaba sentándose. Se dio vuelta para mirarlo con una sonrisa enorme: «¡Gracias!», le dijo. Él fingió para ella: «Por favor», y para él.

Al ver que ella se vestía, comenzó a vestirse también, sin decir nada pero pendiente de cualquier gesto que siguiera alimentando esa ilusión de pez, aunque el

pescador preparara todo para volver a su hogar, él daba saltos, insistía.

¿Habría estado ella enamorada de él en secreto todo este tiempo?, ¿sería ese intento de embarazo una coartada? Era real todo lo que había pasado, no se lo había inventado. Él no podía estar más feliz. No deseaba un hijo realmente, pero desde el día en que Hilda entró en su oficina no dejó de imaginar ese lugar con ella adentro, yendo a visitarlo, buscándolo para almorzar y luego, por qué no, de la mano de su hijo, porque era claro que algo sentía por él, que él emanaba una confianza tal que ella lo había elegido. Claro, estaba casada, pero ¿qué persona feliz en un matrimonio busca la ayuda de alguien más? Y ese Álvaro pues, parecía un buen tipo, no tenía nada en su contra, pero había algo en él de un carácter un poco infantil, quizás por andar en bici por toda la ciudad mientras él en su oficina, él en el café, él con su auto, él con su mujer.

Hilda había comenzado a sacar las sábanas y a doblarlas sobre la misma cama. «La ayudo», «No es necesario», «Por favor», sonrieron, comenzaron a doblar al mismo tiempo, qué coreografía perfecta, pensaba él. Y entonces alguien abrió la puerta de entrada de la casa.

–Dita, ya volví, no se hizo el viaje.

Hilda, agachada como estaba, palideció por completo. Genaro se irguió, tieso, esperando una señal de Hilda que, sin mover su cuerpo, agitaba frenéticamente la mano indicándole que saliera por la ventana hacia el patio, como si estuviera espantando una mosca gigante y molesta. El pez-mosca dudó pero Hilda lo miró con desesperación, y él respondió a ese gesto saltando por la ventana y tirando todas las macetas de cemento que estaban pegadas a la pared y de las que él nada sabía.

No habría importado que no las rompiera como las rompió en mil pedazos porque el patio era solo unos metros de pasto con tres paredes imposibles de saltar para un hombre como él, no por falta de condición física sino porque aun saltando no alcanzaría la parte superior ni había de dónde asirse para encontrar otro impulso en medio del camino y tampoco podría hacerlo porque ya estaba Álvaro ahí en el patio mirándolo de frente y en la pieza Hilda mirándolos a los dos y tapándose la boca con las dos manos.

La mamá de Amelia salió de trabajar, compró facturas, esperó el colectivo, subió, se sentó en un asiento del pasillo porque a esa hora ya estaba un poco frío y estaban todas las ventanas abiertas, no notó que en realidad no había vidrios, durmió un poco en el camino, se despertó una parada antes con habitual precisión, fue rápido al fondo, bajó, caminó, tocó la puerta de la casa, abrió Álvaro, ella sonrió, dijo «buenas noches», entró, vio a Hilda en la punta de la mesa tomando un té, vio a Amelia sonreír chochísima mientras movía los piecitos para adelante y para atrás, vio a Hilda de nuevo, cayeron las facturas y su cuerpo al piso.

Cuando volvió en sí, Amelia le respiraba encima con los ojos llenos de lágrimas. Álvaro la ayudó a sentarse. Todavía en el piso, y antes de acordarse cómo había terminado ahí, la vio de nuevo y agarró a Amelia de un manotazo torpe y rápido, la abrazó con brazos y piernas arrastrándose hacia atrás con las nalgas porque no le quedaba libre ninguna extremidad, estaban todas pegadas al cuerpo de Amelia que ahora se reía pensando que eso era un juego.

Hilda se levantó de la silla y se acercó. No había más atrás donde refugiarse. «¡Qué mierda está pasando!», gritó, lloró. Amelia entendió entonces que no era un juego y comenzó a llorar también, estirando los brazos a Hilda que ya estaba frente a ellas, pero la mamá de Amelia la apretaba cada vez más, y más fuerza por zafarse hacía Amelia hasta que lo logró y saltó hacia Hilda que tambaleó un poco pero recuperó rápido el equilibrio. La mamá de Amelia miró a Álvaro desesperada, sola.

–Hilda volvió –dijo Álvaro conteniendo la sonrisa.

La mamá de Amelia era Gabriela. Tenía diecisiete años cuando llegó a la cuadra con su pareja, un joven de la misma edad, y la bebé recién nacida. Hilda sintió una punzada de dolor cuando los vio llegar y bajar algunos pocos muebles, un sillón, una mesa redonda, una cama de plaza y media, cuatro sillas de metal, un ropero de madera, una cuna. Todo un poco gastado, nada nuevo, para qué, ellos estaban para nuevos, tan jóvenes, tan posibles. Hilda corrió las cortinas de un solo tirón. El dolor era el dolor.

Álvaro lo supo cuando llegó a casa y vio afuera a la pareja con la bebé en brazos, los saludó, se presentó, les dio la bienvenida, muy breve, muy correcto y entró rápido a abrazarla. Pero Hilda no estaba en la cocina, ni en su pieza, ni en la pieza de costura. Estaba en el patio mirando fijamente las plantas. No había lugar ahí para el abrazo.

A los tres días escucharon la primera pelea: gritos, algo que se rompía, la bebé llorando, gritos más fuertes, portazo. Y al otro día, y al siguiente, y al siguiente. Hubo una tregua durante el fin de semana y el lunes todo reinició. La tranquilidad del barrio se oxidaba en cada grito y cada portazo. Gritaban los dos, lloraba la nena. La partitura se ejecutó con precisión durante unos ocho meses. Hasta aquel día.

Gabriela estaba gritando y de repente escucharon un ruido seco que interrumpió el grito. Hilda dejó de cortar la cebolla, se quedó unos segundos quieta, respirando. Álvaro la veía de espaldas y antes de poder reaccionar Hilda ya había salido de la casa y con el mango del cuchillo golpeaba la puerta de al lado. Álvaro no había escuchado lo mismo que ella, sino otra pelea más. La siguió, pensando que quizás no era momento para pedir discreción a los vecinos y fue entonces cuando vio cómo Hilda tenía en una mano la remera arrugada del vecino y en la otra el cuchillo gigante cortador de cebollas apoyado sobre el cuello de él, hundiéndose apenas un poco en la piel mientras le hablaba muy de cerca. Álvaro estaba pálido. El vecino estaba pálido. Gabriela estaba pálida. Hilda nunca se había sentido tan viva.

Apenas el cuchillo se separó unos centímetros de su cuello, el vecino empujó el brazo que antes lo sostenía y entró pateando la puerta, dejándola abierta. Gabriela salió como un resorte proyectado hacia Hilda en un abrazo que ella, todavía con los brazos levantados, suspendidos en la valentía inaugurada, no esperaba. Miró a Álvaro sorprendida y él se acercó rápido a agarrar el cuchillo. Había entendido que eso

significaba la mirada. Hilda sonrió y abrazó también a Gabriela.

En pocos minutos salió de nuevo el vecino con un bolso. «Esto es tu culpa», le dijo a Gabriela, miró con odio a Hilda, sus ojos tenían un puño cerrado, una mano en el cuello, pero no hizo nada. A los días llegó una camioneta, sacaron de la casa el ropero, la heladera, la mesa y las sillas.

Ese matrimonio no se hubiera sostenido. Desde el nacimiento de Amelia las cosas habían cambiado. Gabriela se preguntaba cómo habían sido en realidad las cosas antes. No encontraba la respuesta, ni las fuerzas para imaginarse sola, con la bebé. No lo extrañaba, no lo quería en su vida, pero no sabía qué hacer ahora. Hilda no había tenido la culpa, ni el cuchillo en el cuello, ni lo que le había dicho a él. «¿Qué le dijiste?», le preguntó Álvaro en la noche. Hilda no se acordaba.

Al principio, Gabriela era una con Hilda y otra con Álvaro. Con Hilda parecía que todo su cuerpo tenso, comprimido, vigilante, se desarmaba en bordes más suaves y dispuestos, la quijada bajaba un centímetro entero, le daba sueño. Con Álvaro no era desconfiada ni imprudente, pero guardaba cierta distancia. Álvaro no era su héroe, era un señor que se había casado con Hilda.

Las primeras semanas desde la partida del vecino, Gabriela y Amelia comieron, merendaron y cenaron con ellos. No tenían heladera ni mesa, ni aun queriendo resguardar cierta dignidad podrían haber sobrevivido de otra forma ese verano. Gabriela tenía ahorros, que se agotaron en dos meses. No trabajaba ni sabía cómo hacerlo. Hilda consiguió una heladera de segunda mano y se llevó de la iglesia una mesita de la sala que nadie usaba, todos estuvieron de acuerdo. Álvaro habló con el encargado de la fábrica y pronto consiguió una entrevista para Gabriela como asistente del administrador. Fue entonces cuando tuvo su abrazo y la quijada de Gabriela bajaba medio centímetro al verlo. El otro medio centímetro bajó después, cuando Álvaro se ofreció a cuidar a Amelia en el horario de su trabajo. Sabía que a Hilda le costaría encontrarse en ese lugar que siempre había anhelado y del que tuvo que correrse. Él sería el puente por el que ella pudiera cruzar, cuando estuviera lista, al otro lado.

No fue mucho lo que Hilda tardó en recibir plenamente a Gabriela y a Amelia como lo hacía con las personas que amaba, construyendo un espacio donde antes no había, multiplicando. En poco tiempo eran una sola familia en dos casas vecinas. Hilda había abierto por completo las cortinas que una vez cerró.

Lo único que Álvaro le envidiaba a Hilda era ese amor arrojado como una ola que le tenía Amelia. Él la cuidaba, él jugaba con ella, él le enseñaba cosas, pero Amelia veía a Hilda y se desbordaba. Tiraba los juguetes o la comida, lo que fuese que tuviera en las manos, y salía corriendo a abrazarla. Hilda la alzaba y le daba dos vueltas puntuales en el aire, un beso en cada mejilla y un apretón de nariz. La bajaba y de vuelta a los juguetes o a la comida y a Álvaro sentado en el piso mirando. «Ida» fue su segunda palabra, después de «mamá». Álvaro sabía que él no podía provocarlo pero ese amor le pegaba de rebote, una luz reflejando otra luz, cayendo sobre él, y en esa luz se quedaba, contento.

Pasaron toda la noche despiertos. Amelia estaba feliz, principalmente por Hilda que había vuelto a la vida, pero también porque la habían dejado quedarse despierta toda la noche por primera vez. Sospechaba que su mamá ni se había dado cuenta, que como todavía estaba temblando, aunque cada vez menos, no había sido una decisión el que ella estuviera ahí entre los grandes a esas horas de la madrugada, movía los pies sin parar y seguía comiendo facturas, cada tanto tocaba con su mano pegajosa la mano de Hilda y le sonreía y se le achinaban los ojos. Hilda sonreía, le apretaba la nariz y Gabriela empezaba a temblar de nuevo.

Delante de Amelia, Hilda omitió lo de los gusanos, aunque a decir verdad tampoco había contado mucho. Dejó de lado su visita al campanario, por ejemplo, las manos del cura en las tetas de Nora, el pánico de los dos, la imperiosa necesidad de hacer sonar cada vez más fuerte y más rápido y más fuerte y más rápido la campana. Algo dentro de ella retumbaba y ardía cuando se acordaba de ese momento.

La versión fue entonces: me desperté, no sabía qué estaba pasando, me puse nerviosa, rompí, escarbé, salí, corrí, vine. La historia se repitió unas cinco veces, cada vez que Gabriela se lo pedía. Una vez y llanto, dos veces y silencio, tres veces y reproche a Álvaro que cómo no había visto que estaba viva y llanto de Gabriela y llanto de Álvaro y estupefacción de Amelia con la boca semiabierta dejando ver la factura masticada, Hilda consolándolos a todos. La cuarta vuelta ya fue con un té de por medio, que preparó Hilda, adueñándose de nuevo de su cocina y enojándose al ver que el azúcar no estaba en el tacho del azúcar. Tras el quinto relato, Gabriela se quedó un rato en silencio y después de unos minutos se levantó, se arrodilló a los pies de Hilda y se volcó entera sobre su falda, abrazándole las piernas mientras lloraba bajito para que Amelia no se diera cuenta. Hilda le pasó la mano por la cabeza: «Está bien, hijita, está bien».

Ya estaba amaneciendo cuando por fin los ojos de Amelia se rindieron al sueño que intentaba posponer. Se recostó en el sillón una vez que lograron convencerla de que Hilda sí iba a estar cuando se despertara y todos los días después. Gabriela quiso quedarse también ahí, «si no les importa, mientras Álvaro descansa un ratito».

Hilda entró entonces a la ducha más anhelada de su vida, sabiendo que afuera la esperaban, ¿temerían que el agua caliente desarmara la aparición?, ¿que se volviera ella entera vapor? El agua casi hirviendo chocaba con su piel seca, salpicaba la puerta corrediza de vidrio y se mezclaba con la bruma. Se sentía bien estando un momento sola aunque se suponía que lo había estado mucho tiempo.

Se acordó de que lo primero que sintió al salir de la tierra fue sed. Abría la boca bajo la ducha para recibir el agua de todas las maneras posibles.

Sus dedos entre el cabello sacaban restos de tierra y piedritas. No quiso verse en ningún reflejo, tenía miedo de que, al voltearse, otra Hilda la estuviera mirando primero. Un miedo que se abría y cerraba adentro del pecho.

Cuando entró ya cambiada a la habitación, un hábito de toda la vida, más difícil de horadar que su propio cajón, Álvaro, que no se había dormido, estaba sentado en el borde de la cama esperándola. Hilda se sentó a su lado y apoyó la cabeza en el hombro.

Álvaro le agarró la mano y sin moverse le dijo: «Si hay algo más que no me quieras decir está bien, Dita, pero no te vayas de nuevo».

Nada más supieron en esa casa ni en ninguna otra sobre los vidrios. Cada quien recogió los suyos. Barrieron los pisos y cubrieron con cartón, plástico o papel los huecos de las ventanas. El sábado por la mañana, en la radio, convocaron al público a llamar para dar testimonio del evento que había sorprendido a la ciudad. Las líneas colapsaron. El hambre del testimonio es un hambre poderoso. Llamó Pablo, carpintero, 42 años, cuando explotaron él estaba lijando una mesa en su taller ahora que vendía mucho porque era buena época, creyó que había sido un choque porque el 58 siempre pasa rápido por su calle pese a que ya fueron a quejarse a la Municipalidad, cuando salió a la vereda vio a otra gente confundida, nadie se lo explicaba, entre vecinos creen que alguien del barrio estaba fabricando cohetes caseros porque ya es diciembre. Llamó Magdalena, 57 años, tarotista, la noche anterior salió La Torre cuando ella preguntó por la ciudad, nadie le pagaba por preguntar sobre la ciudad pero ella servía a un bien mayor, no podía decir cuál era ese bien, no, no era a los demonios sino a una energía, esa energía le pasaba información, le bajaba datos de primera mano y La Torre le había dicho que algo extraño iba a pasar, algo de otro orden, no, a ella no se le rompieron los vidrios porque su casa está protegida por minerales dispuestos en las ventanas según la ubicación que ellos mismos eligieron. Llamó Mónica, 39 años, maestra de secundaria, ella cree que esto es el advenimiento de algo peor, usó la palabra «advenimiento», en un libro que heredó de su abuelo leyó que estos fenómenos no se dan de manera aislada, que hay que prestar atención, no tiene ventana que dé a la calle pero los pequeños vidrios de la puerta que eran más adorno que otra cosa reventaron, también quisiera saber si le pueden pasar el teléfono de Magdalena. Llamó Susana, de las Devotas del Sagrado Corazón, para informar que en la iglesia ya habían arreglado los vitrales y que a la tarde habría misa normal, no creía que fuera un aviso de Dios, Él avisaría de maneras más claras, un mensaje no es un mensaje si no se entiende, no sabía nada sobre el paradero del padre Roberto, pensaban que tuvo una urgencia y esperaban su vuelta pronto, pero el padre Néstor daría la misa, no, no se le dice padre suplente, dijo enojada y colgó.

El padre suplente era Néstor. Alto, flaco, callado, mucho mayor que el padre Roberto. En teoría tendría que haber rotado de diócesis hacía tiempo pero pasaba tan desapercibido que hasta la burocracia eclesiástica se había olvidado de él. Cuando se dieron cuenta, le dijeron que se quedara en la ciudad para ayudar a Roberto a aclimatarse. Él dijo que con gusto, pero ya nadie lo estaba escuchando.

Ese sábado, el padre Néstor preparaba su primera homilía en mucho tiempo. Antes de la misa, los feligreses menos asiduos al templo se acercaron a darle la bienvenida, se presentaron y lo invitaron a cenar a sus casas. Néstor se quedó perplejo: había estado en la ciudad desde hacía siete años, cuatro como cura principal y tres acompañando al padre Roberto. Sonrió con amabilidad y no dijo nada, a nadie beneficiaba la aclaración, y no le vendría mal una o dos cenas. Las Devotas sí sabían de él, claro, iban todo el tiempo y se encargaban de muchos asuntos de la iglesia. Nora, en particular, iba todos los días, pero no la veía desde ayer, esperaba que estuviera bien. Por el asunto de los vidrios seguramente todos estarían muy nerviosos. Su homilía de hoy debía traerles calma y consuelo ante la efervescencia de los disparates y conspiraciones que se comenzaban a repetir en la calle, después en la radio y en la calle de nuevo.

Susana, Clara y Carmen pasaron a saludarlo. Le preguntaron si podían ayudar con algo. «Sí, el padre Roberto se llevó…». Hizo una pausa al escucharse, dudó si estaba usando las palabras correctas, él tampoco sabía qué había pasado con el padre Roberto, no entendía su ausencia y se preocupaba, decir «se llevó» hablaba de intención, de voluntad, de planificación. «Falta una estola de Adviento. Hace tiempo, Hilda, que en paz descanse, se llevó una caja con telas y estolas para coser en su casa, ella que tenía habilidad, ya pasó un año, antes por no importunar, después por las ocupaciones, pero no he visitado a Álvaro para pedirle esa caja, me pesa no haberlo hecho pero, por hoy, ¿podrían ir ustedes, por favor? Iría yo pero a esto le hace falta un poco más», dijo mirando hacia el papel donde llevaba escrito un párrafo y medio.

Hilda había sido la última en incorporarse a las Devotas. Antes de ella había entrado Nora, pero eso pasó muy gradualmente y, a decir verdad, de forma involuntaria, involuntaria para ellas porque Nora había aparecido en cada reunión con algún pretexto y cuando se quisieron dar cuenta ya estaba ahí posando en las mismas fotos, en todos los eventos de la iglesia. Nora era la más joven de todas, apenas había cumplido veinticinco cuando las demás pasaban los cuarenta. Su familia era conocida porque eran dueños de varias mueblerías. Habían empezado desde la periferia y a medida que expandían el negocio se mudaban cada vez más cerca del centro. Así fue como se integró a las Devotas, recién mudada y estrenando escalón social en la primera misa en la que se puso a disposición del padre. Les pareció curioso que siendo tan joven quisiera formar parte del grupo, pensaron que pronto perdería el interés y se aburriría de estar rodeada de señoras, quizás al casarse o al administrar alguna de las mueblerías. Al poco tiempo salió del grupo, pero en lugar de dedicarse al negocio familiar, ocupó el rol de tesorera de la iglesia. Nora siempre estaba ahí, mientras las demás se reunían en otras casas y recorrían la ciudad.

Con sus flamantes cincuenta años cuando se unió, Hilda era la mayor de todas. Quizás por eso su figura era tan contundente. Había algo en ella que intimidaba a Nora, quien delante de Hilda permanecía en un silencio que nunca supieron si era respeto o temor. Eso reconfortaba mucho a las demás, especialmente a Carmen, que tenía entre ceja y ceja a Nora desde que se conocieron pero no había dicho nada delante de Clara ni de Susana porque bastaba que lo dijera para que ellas respondieran: «Estás imaginándote cosas, Caaaarmen», y cómo le molestaba ese alargamiento de la *a* en su nombre que se les había hecho costumbre. Tenía ganas de decir: «Vos estás inventando, Susanaaaaaaa», «Vos qué te metés, Claraaaaa», «Vos ocultás algo, Noraaaaaaa». Fuera de esos arrebatos, que sucedían solo en su mente, Carmen era una persona cálida y bastante transparente, no se le daba mentir salvo que fuera una necesidad mayor, y quería mucho a Susana y a Clara, pero más a Hilda, que llegó para ser esa hermana mayor que siempre había querido.

Carmen tenía una hermana mayor, Flor, pero Flor siempre la ignoraba a pesar de ser las únicas dos hijas de la familia. Miraba a través suyo como si Carmen no estuviera ahí, tanto que Carmen, de pequeña, solía darse vuelta continuamente, pensando que había alguien atrás a quien Flor dirigía su mirada. No había nadie,

nunca. Desde el día en que llegó, en cambio, Hilda la miró a los ojos. Ella hablaba nerviosa y le quería contar toda la historia de las Devotas, de la iglesia, la ciudad y el mundo. Clara y Susana la interrumpían todo el tiempo, incómodas por el balbuceo, aunque Hilda recién entraba al grupo estaba en la ciudad desde hacía años, no tenía que explicarle todo, pero Hilda les sonreía brevemente y volvía a mirarla y a preguntarle algo sobre lo que estaba diciendo antes.

Ese primer día se habían reunido a planear la agenda de las Devotas. Cuando salieron de la iglesia, Hilda esperó a Carmen en la puerta y enlazó su brazo con el suyo: «Ayúdeme, jovencita», le dijo, exagerando la edad y la necesidad. Carmen sonrió con el cuerpo y se quedó callada todo el camino hasta su casa. Cuando entró se fue derecho a la cama y lloró hasta dormirse.

Para Hilda, lo bueno de entrar a las Devotas era que nadie le preguntaría por qué. Tenía fe, quizás justo en ese momento no tanta, todavía estaba recuperándose de haberla puesto toda en una sola cosa, del esfuerzo por salir de ese lugar donde cada tanto caía. No había sido mucho tiempo, ni todo el tiempo. El dolor no era una línea, pero tampoco un punto, tenía una forma más caprichosa, inadvertida. Ya había pasado por eso al inicio, ya había salido de la tristeza, había intentado tener otros entusiasmos, abrirse a las personas aunque las personas insistieran con las mismas preguntas. Anhelaba llegar a una edad en la que nadie le preguntara, en la que, como ella, nadie pudiera. Dejó pasar también ese enojo, puso su atención en los detalles del mundo, en breves trabajos de los que pudiera salir si la punzada volvía, dando clases de apoyo a chicos de primaria, arreglando ropa, haciendo otras prendas desde cero, germinando semillas que luego fueran plantas, cuidando las plantas, esperando como testigo la apertura de una dama de la noche. Y cuando llegó esa edad que antes esperaba, volvió puntual la tristeza que había logrado espantar. Álvaro lo supo como sabía del esfuerzo que ella había hecho antes. Hilda se iba de su lado de nuevo, y él ya sabía que por más que lo intentara no podía acompañarla. Fue una de esas tardes de salir a caminar sola, deambulando por la ciudad, cuando ya cansada se sentó en uno de los bancos de la plaza, el que más lejos estuviera del café, y llegó Clara. Se sentó a su lado. Clara solo conocía a Hilda de haberla cruzado por la ciudad, no sabía mucho de ella, no más que lo que todos sabían. La miró. Hilda miraba fijamente los canteros, sabía que alguien estaba a su lado, que el mundo la rodeaba. Clara sacó de su bolso anticuado un pañuelo de tela. El movimiento hizo que Hilda girara la cabeza, como un reflejo. «Hay un grupo en la iglesia de aquí, yo estoy, se llama las Devotas del Sagrado Corazón, es lindo. Rezamos, vamos a misa, cuando se puede ayudamos, no siempre se puede, es difícil esa parte, lo lindo es que nos acompañamos. Mi mamá siempre dice que Dios nos da lo que podemos aguantar, pero yo no creo que sea así. Aguantamos porque nos ayudan. Sola no se puede ni con la felicidad». Hilda la miraba, no sabía desde cuándo había comenzado a llorar, ni desde cuándo tenía el pañuelo de tela en su mano.

Nadie le preguntó nada a Hilda cuando llegó a la siguiente semana a la iglesia. Le dieron la bienvenida, se presentaron. Clara, siempre de un perfil bajísimo, como le gustaba decir a Carmen, no les había contado nada, la recibió con una sonrisa y un

abrazo.

Después de unas semanas, cuando visitaron la casa de Hilda por primera vez, cada una le llevó algo, Carmen un budín, Susana un servilletero que había comprado en una feria y Clara un helecho, si le cortabas un bracito se multiplicaba.

Los invitamos a participar del Santísimo Rosario por el alma de Hilda Bustamante, amada esposa de Álvaro, querida abuela de Amelia, amiga entrañable y para siempre recordada por sus compañeras de la agrupación Devotas del Sagrado Corazón de Jesús.

Las Devotas lloraron la muerte de Hilda como si hubieran matado a Jesús ahí mismo delante de ellas. La imagen, la del sufrimiento y calvario de Jesucristo, además del pan de cada día en el guion de la misa, era parte de una fantasía secreta y recurrente de Carmen, solo que en esa oportunidad, ella, joven y farisea, lo salvaba de la muerte y de la crucifixión enfrentando a los romanos en una precisa y extraña mezcla entre algún imaginado arte marcial y un zarandeo. No podía negar que había cierta tensión sexual entre el abatido y ahora agradecido hijo de Dios y ella, pero no llegaba a concretarse, generalmente la fantasía terminaba en ese cruce profundo de miradas, si se demoraba un poco más ya tendría que confesárselo al cura. El arreglo específico por el cual la duración de la fantasía determinaba el carácter pecaminoso y, como consecuencia, forzosamente público en el confesionario, lo fijaba solamente ella, según lo que sentía: justo en el borde del vértigo, ahí, parar. Hilda la había pescado un par de veces mirando obnubilada al Cristo arrodillado con la cruz a cuestas que estaba al final de la tercera nave de la iglesia, intuyendo que no era esa una mirada de devoción, pero no dijo nada. No sería la primera vez ni la última, Hilda sabía guardar secretos, a diferencia del cura ese, a quien Carmen nunca más le extendería la total confianza de su redención, no después de haber confesado, visiblemente arrepentida, que se había quedado sin saber bien por qué con las tijeras de podar de Nora, que además de ex-Devota y ahora tesorera de la iglesia, era su vecina y parecía muy cercana al cura. A la semana, Nora cayó a su casa, molesta, le pidió sin mirarla a los ojos «por favor devolveme la tijera de podar que mañana viene el jardinero». Ya habían tenido esa conversación y Carmen le había dicho que no la tenía. Parada en el escalón de su casa se supo acusada, y lo peor, culpable, pero la mirada esquiva de Nora hablaba de otro crimen más grande que el suyo, que la tijera y la fantasía. Carmen supo que había algo, pero la vergüenza era más grande y fue a buscar las tijeras.

Hilda no, Hilda era una señora. De su boca no salía palabra de más. Ni criticaba ni andaba acusando, ni contaba ni hacía callar, decía lo justo sabiéndolo todo, porque

todas le contaban algo, su discreción era un imán para los desesperados, aunque quizás para ellos todo fuera imán. Por eso estaban tan cómodas con Hilda. Cuánta dedicación sin laureles, tan práctica arreglando las cosas, tan predispuesta a ayudar sin hacer alharaca. Hilda era predispuesta pero no estúpida, un aire de madurez se asentaba en su cara, el lugar exacto era difícil de decir, no eran las cejas ni exclusivamente los ojos, olvidables realmente, de hecho, pasado un tiempo de su muerte Carmen intentó acordarse del color y no lo logró, tuvo que ponerse a buscar fotos donde saliera Hilda, pero en todas aparecía con los ojos cerrados, justo sonriendo y arrugándolos o mirando con ternura en dirección a algún nene que aparecía por la esquina, debajo de la mesa o tirándose en el piso en pleno ataque de llanto.

Las chicas tocaron la puerta. Eran las once de la mañana del sábado y todo estaba en silencio. Raro, la radio no estaba prendida, Álvaro acostumbraba dejar al máximo el volumen desde temprano mientras iba y venía por la casa. Quizás justo había salido a comprar algo. Tocaron de nuevo. Nada. A punto de irse, por las dudas, intentaron una tercera vez. Ahí fue cuando escucharon voces. Voces. En plural. Cuchicheando. Se miraron extrañadas, sin decir palabra.

«¿Álvaro? Somos nosotras», la tarjeta de presentación, nadie más era «nosotras». Desde adentro, más cuchicheos. Intentaron pero no pudieron entender qué decía ese murmullo del otro lado pero sí se entendían los nervios. «¿Álvaro?». Quizás habrían entrado ladrones aprovechando la confusión de la noche y los vidrios rotos. La ventana que daba a la calle estaba cubierta por un papel floreado y oscuro pero no se animaban a romperlo. «¿Qué hacemos?», preguntó Clara, y entonces abrió la puerta Gabriela, con visible cara de cansancio y un peinado mojado que parecía reciente, los ojos hinchados, como si hubiera estado llorando. Raro. No abrió la puerta del todo, solo lo suficiente para que pudieran ver su cara. «¿Qué hacés acá?», dijo Carmen sin ningún tipo de filtro. Clara la codeó bruscamente, Carmen ni se inmutó, Susana miraba fijo a Gabriela esperando la respuesta: «Hola, tanto tiempo. Vinimos con Amelia para ver si estaba todo bien y nos quedamos a dormir, ¿buscaban algo?». «¿Y Álvaro?». «Duerme todavía».

No era verdad, habían escuchado otras voces, más de dos y estaban a punto de decirlo cuando alguien quiso abrir de golpe la puerta, pero Gabriela la sostuvo haciendo fuerza mientras toda su cara cambiaba de color y la mandíbula se tensaba. Sacó la cabeza Amelia, medio metro más abajo, saludando, efusiva como siempre, «¡Tía Carmen!», gritó, haciendo fuerza contra el cuerpo de Gabriela que intentaba bloquear el espacio con su cadera y dejar a Amelia atrás, pero ella insistía sin entender esa resistencia, especialmente porque su mamá no la estaba mirando sino que miraba fijo a las chicas y ya escuchaba a Álvaro adentro chistando y llamándola bajito pero justo logró poner una pierna por delante de la de su mamá y arrojar toda la parte superior de su pequeño cuerpo hacia afuera para arrastrarse e incorporarse triunfal en el mundo exterior con los brazos levantados hacia Carmen, que ya le sonreía y la alzaba mientras Susana y Clara seguían con la misma cara de sospecha ante Gabriela. Susana dijo: «Álvaro no duerme, lo acabamos de escuchar, ¿qué pasa,

Gabriela?».

Amelia, agarrando con sus dos manos la cara de Carmen y acercándola a la suya, frente con frente, como solía saludarla, porque la había adoptado a ella también como su tía abuela, segurísima de ese amor mutuo y feliz como estaba por la vuelta de Hilda, en plena posesión de un secreto que haría igualmente feliz a Carmen, al mismo tiempo que Gabriela casi a punto de llorar y con el mentón arrugado gritaba su nombre «¡AMELIA!», le dijo, «¡AMELIA VENÍ!», bajito, «¡AMELIA!», casi susurrando, «¡AMELIA!», en el tono del secreto, «¡AMELIA!», del mejor secreto de todos: «Mamá Hilda está adentro».

«¿Qué?», dijo Carmen, todavía sonriendo, un poco molesta por los gritos de Gabriela y con Amelia a upa. Amelia sonrió apretando los labios como si la boca se le hubiera perdido adentro de la cara y asintió con la cabeza. ¡Qué hermoso era tener un secreto así podía contarlo! «¿Qué dijiste, chiquita?», preguntó Carmen, sonriendo cada vez menos hasta dejar de hacerlo totalmente y quedarse con un gesto extrañísimo en la cara. Amelia mantenía su sonrisa y su orgullo, en silencio, sus ojos chispeaban. Carmen no entendía nada, pero todo su cuerpo sí. Y su cuerpo le decía que Amelia estaba diciendo algo importante aunque ella no pudiera entender qué, le estaba diciendo una verdad sin quiebres ni arrugas aunque ella no pudiera escuchar cuál, ¿qué era lo que estaba diciendo y por qué esa hermosa sonrisa que Amelia ponía cada vez que le contaba algo de la escuela que nadie más podía saber ahora le daba tanto miedo? Carmen no podía dejar de mirarla, sentía que ya casi estaba por entender, que si dejaba de mirarla la idea se iba a perder para siempre y ese secreto iba a volver a un estado indecible, se iba a perder donde se pierde todo lo que no se ha dicho, en ese lugar irrecuperable. «AMELIA, ¡ADENTRO!», gritó Gabriela. Amelia entonces, asustadísima por el tono que su mamá nunca usaba y que recién ahora escuchaba, hizo fuerza para desprenderse de Carmen, saltó de sus brazos y corrió adentro, esta vez sin enfrentar ninguna resistencia. «Álvaro se siente un poco mal, no puede venir a hablar con ustedes, si le quieren dejar un mensaje yo le digo», dijo Gabriela como si esa frase de tan pocas palabras le hubiera costado un esfuerzo inhumano. «El padre Néstor nos pidió que recojamos la caja con estolas que Hilda estaba cosiendo porque ya es Adviento y la que tenía el padre Roberto no está. ¿Qué tiene Álvaro?, ¿traemos al médico?, es raro que él se enferme, ¿podemos verlo?», preguntó Clara. Gabriela miró hacia adentro cuidando que la puerta no se abriera, hacia la mesa de la cocina donde Álvaro e Hilda estaban acurrucados en una punta como dos nenes en penitencia. Dos nenes que no sabían qué hacer y Amelia que no tenía ningún tipo de problema: pintaba tranquilamente un árbol lleno de pájaros sonrientes y un sol sonriente entre nubes sonrientes que le daban sombra a flores también sonrientes. Gabriela los miró tan nerviosa que Álvaro se paró y fue hasta la puerta, no se iban a ir a menos que él disipara las dudas. Impostando una ronquera inexistente se acercó y dijo: «Queridas, qué bueno verlas por aquí, disculpen, creo que me estoy por engripar y no quiero contagiar a nadie». Gabriela asentía sin moverse de su puesto, eran los

soldados que protegían el secreto a toda costa, la primera fila de defensa de Hilda. Aunque era muy improbable que justo esas tres quisieran atacar de alguna forma, ni Gabriela ni Álvaro sabían si Hilda querría verlas, presentarse, decir «volví». Hilda tampoco lo sabía, estaba aterrada, no por ella sino por los demás, por cómo reaccionarían a esto que estaba pasando. ¿Y qué era esto que estaba pasando? ¿Cómo podía ella estar ahora ahí después de haber sido enterrada, después de haber muerto como según le habían contado? ¿Era un infarto algo reversible? ¿Su corazón renació solo como un bulbo débil que encontró fuerzas en el descanso de unos meses bajo tierra? ¿Quién le dio cuerda de nuevo a ese reloj que ya había sido guardado? Pero ahí estaba, tomando mate en la punta de la mesa y sus amigas del otro lado, y qué más quisiera ella que correr a abrazarlas pero ¿cómo poner a funcionar de nuevo todo el andamiaje de sus relaciones?, ¿tenía que permanecer escondida?, ¿qué dirían en la ciudad si la encontraran de repente en la plaza o en la iglesia? Sería agotador explicarles a todos cada vez lo mismo, quizás podría permanecer ahí, en su casa, no necesitaba nada más, ver crecer a Amelia, acompañar a Álvaro, conversar con Gabriela, saber del mundo por sus voces. ¿Y las chicas? ¿Podrían acaso con ese secreto? ¿No arruinaría su presencia revitalizada los lazos que ellas mismas tenían con el mundo? ¿Podrían Carmen, Susana y Clara callar? ¿No contarles a sus esposos, a sus hijos, al padre Néstor? Si ella se lo pedía seguro que mantenían el secreto pero quizás ese secreto les pesara más, quizás sería injusto darles ese peso cuando ya la habían llorado a su tiempo. Las quería abrazar con toda su alma y sufría en ese rincón pensando una tras otra todas estas cosas pero Álvaro ya estaba despidiéndolas con la promesa de buscar la caja y llevarla después a la iglesia, ya se estaba cerrando esa puerta hacia el abrazo y ya no tenía sentido seguir pensando en lo que no sería cuando Amelia levantó con orgullo su mano con el dibujo por fin listo, altos y sonrientes los pájaros, exuberantes y sonrientes las flores, esponjosas y sonrientes las nubes, y gritó: «¡Mirá mamá Hilda lo que hice!». Gabriela, Álvaro y las chicas se miraron sin moverse en ese momento larguísimo y extraño, hasta que la puerta se abrió del todo y apareció otra cabeza, la de Hilda, sobre el cuerpo de Hilda, diciendo «Hola, chicas».

Susana y Clara se agarraron de los codos en un gesto torpe y rápido, sin mirarse, sosteniéndose, empujándose, como si quisieran decirse a través del tacto «¿Estás viendo lo mismo que yo?», apretando con la mano el brazo de la otra, las bocas abiertas, la mirada al frente. El apoyo no fue suficiente. Clara cayó de rodillas llorando, Susana dio unos pasos hacia atrás, comenzó a agarrarse el pelo bruscamente como si quisiera hacer lugar para que entrara una nueva idea, expandir la cavidad del entendimiento. Hilda las miraba con preocupación, su cuerpo desvelado apoyado en el marco de la puerta. Miró primero a Clara, que sollozaba y apretaba montoncitos de pasto entre las manos, después a Susana, que giraba para un lado y otro sin dejar de agarrarse la cabeza, hasta Carmen que, parada, firme sobre la tierra, sin una pizca de miedo en los ojos, terminaba de persignarse y desde el beso de su amén llevaba el índice y el pulgar hacia la derecha como si extendiera una capa invisible mientras sus dos brazos quedaban en cruz.

Hilda la miró por cinco segundos y corrió a abrazarla.

Carmen y Clara entraron a la casa. No hubo forma de convencer a Susana. Álvaro sacó una silla afuera para que pudiera sentarse en lo que reaccionaba y volvió a entrar muy serio: «Nada todavía». Llevaba casi una hora así, no sabían qué hacer, si llamar al marido, si esperar algún tiempo más. Hilda había intentado buscarla pero ella comenzó a gritar así que desistió. Amelia salió a sentarse en el suelo frente a ella, «para cuidarla».

Adentro, Carmen no había dicho nada, lo cual era, para Hilda, un cuadro todavía más extraño que el de Susana. No estaba en shock, parecía que todo lo contrario, había una serenidad en su rostro nunca antes vista, como si Hilda ahí presente, venida de la muerte, hubiera traído con ella el final de un cuento que Carmen esperara desde niña. «¿Cómo, Hildita?», dijo Clara mientras Gabriela servía té de tilo para todas y Álvaro buscaba galletitas. Hilda los miró y los dos entendieron que debían irse. Gabriela lo invitó a su casa a descansar un poco, ella se quedaría un rato afuera a cuidar a Amelia que cuidaba a Susana.

Ya solas, Hilda comenzó a contar su salida de la tierra, también lo de los gusanos, de su esfuerzo y… Clara la interrumpió: «A ver la lengua». Hilda, sorprendida, se quedó seria primero y después sacó toda la lengua lo más afuera que pudo mientras Clara la inspeccionaba buscando un rastro. Se miraron y no aguantaron la risa. Era la primera risa de esta nueva vida. Qué descanso, poder reírse de nuevo. «Es tu segunda venida», dijo Carmen, que no se había reído. «Es tu segunda venida, y somos tus servidoras». Terminó de decirlo y se arrodilló a los pies de Hilda. Clara miró a una y a otra y se sintió sucia solo por estar sentada, ¡qué hacía ahí, pensándose igual que Hilda!, ¡era verdad! ¡Era la segunda venida de Hilda! Se arrodilló rápidamente al lado de Carmen.

Susana miró hacia dentro de la casa y su mirada de desamparo, de no entender nada, se encontró en ese momento con la misma mirada en los ojos de Hilda.

Carmen, en éxtasis: «¿Qué prueba mayor que esta, Señora Nuestra?, ¿que este tu cuerpo vuelto a la vida, que estas tus manos en nuestras manos, que la tierra abriéndose en dos para que volváis?». «¿Volváis, Carmen?, ¿qué estás diciendo?», dijo Hilda levantándose de la silla, intentando alejarse de lo que fuera que estuviera pasando. Tener dos fieles de rodillas en su cocina no era una de las escenas que imaginó mientras las escuchaba detrás de la puerta, hace minutos, cuando todo tenía más o menos un orden y ella volviendo de la muerte era lo más extraño, ¿pero esto? «Sí, Señora Nuestra, esta es una prueba más de Dios, de su existencia y su voluntad, Él te mandó una vez y ahora volvisteis». Hilda estaba apoyada sobre la heladera con las manos atrás, mirando a Carmen con el ceño fruncido como quien mira a algo que está a punto de romperse pero ya ha llegado tarde para salvarlo. «La tierra no se abrió, Carmen querida, yo me la saqué de encima, esto no es obra de Dios, esto es… no sé qué es pero no soy tu Nuestra Señora, ¡por favor!, ¡no! ¿Cómo que vine antes? Yo no vine antes, Jesús vino, yo no soy Jesús, ¡soy yo, Hilda! Levántense ya, las dos, arriba». Y claro que se iban a levantar porque esa era la primera orden que Nuestra Señora les daba. Ya estaban paradas y firmes, en silencio, esperando una segunda orden.

La brisa es algo bueno. Algo natural. Susana trató de concentrarse en esa sensación sobre su piel siempre bronceada. Cerró los ojos. Respiró lento. La brisa es algo normal. Intentó. Lo intentó con todas sus fuerzas, pero las lágrimas comenzaron a salir una a una de sus ojos cerrados. No era miedo.

Cuando Hilda murió, algo en ella se detuvo, no inmediatamente, sino después de un tiempo. No había tenido una vida difícil ni le había preocupado mayor cosa, tuvo un trabajo normal, un esposo normal, unos hijos normales, una casa normal. A ninguno de ellos se apegó demasiado y eso la había salvado de tristezas y enojos. Le gustaba, sí, hacer cosas, mantenerse en un estado de permanente movimiento. Una vez las chicas le dijeron que se había metido en el grupo de la iglesia porque en la ciudad no había casino. Todas se rieron un montón cuando Carmen lo dijo, ella más que nadie, sabía que era verdad y con ese chiste se daba cuenta de que todas ellas también lo sabían y que no les importaba, rio por eso, por ese no importarles. Fue quizás sentirse amada *pese a* lo que había marcado una diferencia: no esperaban que fuera más de lo que era. No era así con sus hijos, que anhelaban a otra señora que no era ella, una que no se bronceara todo el tiempo, que cocinara mejor, que abrazara más. A Susana los abrazos no le gustaban y si se ponía a pensar un poco más a fondo, apenas más a fondo, quizás tampoco sus hijos, ni su esposo, ni su casa.

Entrar a las Devotas había sido un pase libre. No hay cuestionamientos ante una mujer de fe. Nadie podía saber que durante las misas ella hacía listas de compras en su cabeza y fantaseaba con vidas que no tenía: ella salvando a animales del fuego y entrevistada por un noticiero local, ella descubriendo cómo una fábrica de alimentos enlatados introducía tóxicos mortales en cada lote y entrevistada por el noticiero nacional, ella cruzando a nado el océano Atlántico y entrevistada por medios internacionales. La fantasía se cortaba cuando se volvía muy ridícula o cuando tocaba pararse, arrodillarse o irse. El momento de darse mutuamente la paz no era tanto una interrupción como una continuación: la gente felicitándola por su estilo libre, su devoción por las criaturas vivientes, su compromiso con la verdad. Nadie daba la paz como Susana, con esa alegría de recibir al prójimo en la mano.

Al principio solo era juntarse con las chicas, planificar, buscar fondos, ayudar a organizar algunas cosas. Con el paso del tiempo, comenzó a ir cada día, religiosamente, a rezar una hora entera a la iglesia. «El padre dijo que dar nuestro

tiempo en oración es el más grande sacrificio», anunció en su casa. El esposo y los hijos fingieron una sonrisa y ella salió desde ese primer día con un libro de suspenso en el bolso. Se sentaba en un banco de la nave lateral, cerca de la luz filtrada por uno de los vitrales, a la hora en la que sabía que ni el cura ni las chicas estarían cerca, y ofrecía su tiempo con devoción a esas otras escrituras. En esos momentos, su corazón ardía. Durante todos esos años esa hora fue su refugio y su orgullo, le ganaba al tiempo y a la iglesia una apuesta silenciosa. Quizás sí era algo bueno que no hubiera un casino en la ciudad.

Un día se cruzó con Hilda y pensó que todo se acababa. Ella estaba en un túnel de Austria esperando que pasara por ahí el sospechoso del triple asesinato cuando Hilda le tocó el hombro. La saludó, probablemente, le contó por qué estaba ahí, probablemente. Susana, roja debajo del bronceado, con un dedo metido entre las páginas del libro, el libro adentro de su bolso, salió del túnel para volver a la iglesia y acompañar a Hilda. Al salir, atravesaron juntas la plaza. Hilda la invitó a tomar un helado esa tarde, estaba tan lindo el día, se sentaron en un banco, «qué bueno que encontraste tiempo para estar más cerca de Dios». Susana se sintió mal pero no la desmintió, terminó su helado en silencio.

Cuando Hilda murió, Susana entristeció como todos, claro, pero no fue hasta que Álvaro le dio el paquete que algo dentro suyo se desarmó. Hilda murió un martes y desde entonces, cada martes, las Devotas visitaban a Álvaro. A veces rezaban, a veces solo prendían una vela, a veces conversaban un poquito y tomaban mate. No eran reuniones largas pero ellas pensaban que así lo ayudaban. Un día, habían pasado cinco meses, Álvaro las hizo esperar cuando estaban por irse, se acordó de que acomodando unas cosas había encontrado un paquete para Susana, era un regalo de cumpleaños que Hilda había comprado con mucho tiempo. «Mejor abrilo en tu cumple que falta poco», dijo Clara. El día de su cumpleaños, Susana lo buscó apenas se despertó. Era una caja de cartón. Ya esperaba ver velas o algún santo cuando la abrió y vio un libro de bolsillo que prometía crímenes e investigaciones. Alguien por fuera de este mundo le hablaba directamente. Se le nubló la vista. Abrió el libro. En la página blanca, antes del título y la historia, decía: «Para Susi. Me alegra que hayas encontrado tu tiempo. Espero que no hayas leído este, tu amiga que te quiere, Hilda».

Cuando Álvaro entró de nuevo a la casa encontró a Clara y a Carmen, ahora de pie, rezando a un ritmo desenfrenado, sonaba a carrera de caballos, y a Hilda, todavía recostada contra la heladera, con el mismo gesto que tenía cuando intentaba enseñarle los números a Amelia, la frustración y la resignación y el no decir nada que pudiera herir a la mocosa. Del padrenuestro pasaron al avemaría, mirándola ahora fijamente, como si esperaran en medio del rezo un centro que les ayudara a identificar a qué nivel de la Santísima Trinidad pertenecía ella. «Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto…», bajaron la cabeza y dijeron lo que seguía más rápido. Álvaro no tuvo que esperar la explicación de la escena porque al terminar el rezo ya se habían arrodillado de nuevo. Hilda lo miró arrugando la boca y él casi larga una carcajada. Necesitaba a sus amigas, pero sus amigas eran ahora esas señoras rezándole a alguien que no existía, que no estaba ahí. «Carmen, Clara, necesito que hagan algo. Tienen que hablar con Susana, hacerla reaccionar, no puede quedarse así en el jardín, es raro».

No tuvo que pedirlo dos veces, ya estaban afuera diciéndole a Susana: «¿No ves que esto es bueno, Susi? ¿No ves que ella, que antes era nuestra amiga, ahora es… es otra cosa… es como si fuera Jesús, entendés? Ella dice que no, que no es como Jesús, pero ¿sabés qué? Para mí es una prueba, nos está poniendo a prueba». «Igual, Carmencita –dijo Clara–, no entiendo del todo cuál es la prueba». Carmen miró a Clara levemente indignada, pero más que nada confundida. Susana en cambio miró hacia adentro y vio a una Hilda cansadísima sentarse lentamente, poniendo una mano sobre su rodilla derecha, en un gesto tan propio de ella. La habían enterrado a sus 79 años, era normal que estuviera cansada, quién sabe cómo se contarían los años ahora, ¿el doble?, ¿la mitad? Todo esto era ridículo, no solo Carmen y Clara, este pasto es ridículo, Hilda es ridícula, ¿cómo podía volver así nomás?, ¿cómo podía haberse ido primero?

Susana no quería entrar, tampoco quería irse, no había lugar en este mundo ridículo donde quisiera estar pero si se quedaba ahí terminaría por correr a abrazar a Hilda y no era justo, ella ya se había ido. Se levantó de la silla sin mirar a la casa y se fue.

Carmen y Clara ahora se preguntaban qué tenían que hacer, si se quedaban, si se iban, si perseguían a Susana, si traían al padre Néstor, a lo mejor él podía explicarles,

o Hilda a él. Llevaron esa última pregunta adentro, pero Hilda les dijo que no, que volvieran a sus casas, que quería descansar, después verían qué hacer, mientras tanto, por favor, prudencia.

Cuando Hilda murió, Álvaro tenía 78 años. No hubo palabras para describir su dolor.

Cuando se volvieron a ver, y el reloj reinició, tenían ya la misma edad.

Después, el tiempo no importó.

El sábado a la hora de la siesta el cansancio de correr, resucitar y recibir a los que se habían ido llegó de golpe cuando por fin se quedaron solos. Se durmieron todos en las dos casas vecinas.

Amelia después de hablarle durante veinte minutos a su mamá sobre aquel conejo que tenía cuando era más chiquita, el que le regaló su abuelito Álvaro y que a mamá Hilda no le gustaba porque decía que a lo mejor tenía bichos y que se murió un verano de mucho calor. Amelia le preguntó a su mamá si Hilda todavía pensaba lo mismo de su conejo. Gabriela, temiendo más preguntas que no pudiera contestarle, comenzó a canturrear algo para que se durmiera más rápido hasta dormirse ella también, cansada de pasar la noche en vela, de esperar un momento a solas para llorar tranquila. Soñó que lloraba en el colectivo porque ya sabía que Hilda había vuelto pero el chofer no quería parar cerca de su casa, cuánto tiempo más tendría que seguir andando hasta abrazarla.

En la casa de al lado, abrazados sobre la cama, con las cortinas cerradas y el ventilador prendido en mínimo, dando vueltas sin ganas, como queriendo escuchar lo que se decía abajo, Álvaro le contaba a Hilda todo lo que había pasado en casi un año de no verse. No era mucho lo que podía decirle. Había evitado, por ejemplo, contarle de los días que pasó encerrado y sin comer, cómo en esos momentos había pensado tanto en esos años anteriores y cómo creía entender, por fin, lo que Hilda había sentido. Él también quería una familia más grande, parecida a esta, pero si no llegaba no le importaba, antes que eso estaba Hilda, y el después era muy grande para él solo. Le contó que había florecido el amancay y que le había dado su regalo a Susana, que Carmen insistía en cocinar panes caseros que le salían más bien duros, que Clara no hablaba mucho pero cada vez que lo visitaba controlaba que el helecho tuviera agua, que quizás solo iba a eso y verlo a él era una excusa. Hilda, con la cabeza sobre su hombro, imaginaba todo. Le gustaba saber de sus amigas a través de Álvaro, quería que él siguiera hablando de esas cosas, de los demás, de la casa, que por nada del mundo le contara sobre su muerte, sobre el velorio, sobre el entierro. No quería ver otra vez la mirada de culpa en los ojos de Álvaro, cayendo por esas arrugas nuevas. Le sonrió para que él sonriera. El truco intacto, seguía funcionando. Lo abrazó más fuerte y se envolvió en ese calor. Se quedaron dormidos sin soltarse varias horas.

La primera campanada de la iglesia hizo saltar de la cama a Hilda. No era el deber de la misa el que llamaba, era su cuerpo vibrando en el recuerdo de su blandir.

El padre Néstor, en éxtasis: Aquellos que se regocijan en la idea del fin del mundo y del desastre están desapareciendo antes que todos sin saberlo. No es la extinción del mundo la que debería preocuparles sino la propia, imperceptible, ocupados como están en la espera y en la anunciación de un futuro que nunca llega y dejando pasar el presente en ensoñaciones de oscuridad. Entre todos nosotros hay personas que adoran a dioses falsos, que esperan las señales de una destrucción porque es más fácil eso que mirar sus vidas vacías de amor. Y tan fácil sería regar ese amor, verlo crecer, cultivarlo. Pero en lugar de eso se demoran replicando las habladurías del miedo. ¿Y saben quiénes se asustan? Los que no creen. Ellos mismos hablan, invocan al dios falso y temen. Porque todos nosotros sabemos, todos los que estamos aquí, en este templo, sabemos, que no habrá un final sin la llegada de Jesús, sin que se cumpla la promesa de su retorno para salvarnos de nosotros mismos, pues el ser humano es un ser incapaz de salvarse y en eso reside el único error de Dios.

Es normal que se hayan asustado ayer por las explosiones simultáneas de los vidrios en la ciudad, tengo entendido que gracias a Dios nadie ha resultado herido de gravedad y que son solo cuestiones materiales menores. Aunque no se sepa bien por qué ha pasado lo que pasó, no es algo que debería importar en este momento y menos servir de excusa para sembrar el miedo.

Sobre el padre Roberto, no tenemos todavía noticias de su paradero, pero la Diócesis se puso en contacto con la policía, aparentemente no pueden hacer nada si no hay una denuncia así que tendremos que esperar. Entendemos que su ausencia, si voluntaria, tendrá razones más que claras y de la mano del Señor, quien lo cuida en todo momento, como a todos nosotros.

Amelia y Gabriela se vistieron como si fueran a un cumpleaños y tocaron la puerta de al lado un rato antes de la hora de la cena. Álvaro abrió y Amelia entró disparada hasta los brazos de Hilda. Le había llevado el dibujo de un conejo. «¿Te acordás, mamá Hilda, de mi conejo Tito?». Hilda le dijo que sí, que era un conejo muy asqueroso. Amelia se doblaba de la risa pero se enderezó para preguntarle muy seria: «¿No lo viste?, ¿a Tito?». Gabriela sintió que iba a desmayarse de nuevo, pero la sonrisa despreocupada de Álvaro la sostuvo. Buscaba desde anoche de dónde agarrarse, como si ella y todo a la vuelta estuviera a punto de caer. Cada cosa la sobresaltaba, Amelia a punto de preguntarle algo, esos bichos que se golpeaban con el papel de la ventana. Intentó calmarse al ver a Hilda, repetirse que esto era lo importante, no lo que podría pasar afuera, en el mundo. Pero todo estaba pasando aquí adentro. Aquí tenía miedo, aquí no entendía, y también aquí estaban juntos de nuevo, Álvaro buscaba dónde colgar el dibujo, Hilda ponía la comida en la mesa, Amelia se robaba una papa de la fuente y ella estaba ahí también. A lo mejor solo se encerraba un rato en el baño a llorar y después todo estaría bien, después entendería, dejaría de caer.

El padre Néstor estaba feliz, nunca había hablado tan bien y tan claro, con tanta firmeza, nunca había tenido tanta atención de los fieles. Quizás lo del error de Dios había sido demasiado.

Había sido demasiado, sí, claro que había sido demasiado, ¿en qué estaba pensando?

Fue cuando la gente salió de la misa, renovado el espíritu en la fe, fortalecida la esperanza, espantados los miedos sin sustento, cuando la nube que a lo lejos parecía traer lluvia se acercó cada vez más y más rápido hasta posarse disuelta, con sus montones de tres pares de patas, sobre cada uno de ellos.

Una plaga se mueve rápido, todo lo come, no es movida por el hambre, sino por el poder.

El domingo muy temprano a la mañana, en la radio, avisaron que la misa de ese día se suspendía por razones sanitarias: la plaga de langostas que llegó sorpresivamente la tarde de ayer a la ciudad, causando gran revuelo entre los miembros de la feligresía que justo salía de la Santa Misa oficiada por el padre Néstor, se asentó, se espera que de manera momentánea, íntegramente sobre las paredes, los nuevos vitrales, la puerta, las ventanas y el campanario de la iglesia. Se aconseja, por lo tanto, no acercarse al perímetro hasta que la Dirección de Medio Ambiente de la Municipalidad considere el rumbo correcto a seguir, pero esto será desde el martes porque mañana lunes es asueto municipal. El intendente ya se ha comunicado con el secretario del área para pedir una pronta respuesta y plan de acción y ruega a la población, especialmente a los jóvenes, que por favor no arrojen objetos encendidos, como las remeras rociadas con querosén y prendidas fuego, porque puede repercutir en daño al edificio que fue recientemente arreglado por la Dirección de Obras Públicas el viernes en la tarde noche luego del suceso de la explosión de los vidrios por todos conocido. Ayer, el grupo de asiduos al templo se vio atacado inesperadamente por los insectos que, aseguran, eran violentos. Los invitamos, amigos, a llamar a la radio y contarnos qué opinan ustedes de este nuevo extraño suceso que sacude a nuestra otrora tranquila ciudad.

Llamó Nora, tesorera de la iglesia: Esto es algo muy malo, esto es algo muy malo [sollozos]… vienen a buscar a los pecadores [cuelga el teléfono].

Esa mañana por fin se reencontraron, Hilda y sus plantas. Hilda y sus telas. Hilda y su casa. No había podido salir hasta ese momento de la envoltura del abrazo, del desborde de lo absurdo y de esa pretensión de que fuera ella quien lo explicara, como si ella pudiera. Le pareció curioso esto: encontrarse con las cosas como si no las hubiera visto en mucho tiempo, pero sin tener ningún recuerdo de esa separación. Se preguntaba qué habría cambiado mientras ella no estaba, cómo habían seguido creciendo las cosas con vida, sin ella de testigo. Cómo estaría Susana ahora, ¿sería bueno llamarla? ¿Qué podría decirle? Esta plantita no es de sombra, no debería estar aquí. ¿Y yo? Las cosas ocupan mucha energía para sobrevivir cuando no están donde corresponde, se esfuerzan todo lo que pueden, estiran sus tallos como esas alegrías, se desploman en un acto dramático como aquella albahaca. Rascan, empujan, quiebran, corren, hasta encontrar su lugar, ahí donde pueden nutrirse sin esfuerzo, con uno o dos abrazos al día.

Álvaro llegó en ese momento a nutrir, la abrazó para interrumpir el pensamiento, había perfeccionado esa técnica por años, sabía que funcionaba, ella sonrió como si pagara el servicio prestado, su recompensa era bienvenida. Álvaro le recordó que el padre Néstor necesitaba una estola y se ocuparon enseguida de buscar esa caja, de abrir cajones y puertas, de que todo lo que hubiera estado guardado saliera, la viera de nuevo, reviviera con ella.

Cada domingo se armaba un mercado en la calle que quedaba entre la última fila de casas del barrio y las canchitas de fútbol. El mercado había ido creciendo hasta ganarle terreno a la cancha, aprovechando la falta de alambrado. No fueron pocas las veces que un pelotazo fue a parar a la espalda de alguna señora cargando bolsas de verduras. Gabriela fue temprano a comprar, quería llevarles suficiente comida a Álvaro y a Hilda para que no tuvieran que salir de la casa, por las dudas. Aunque sin saber cuál era la amenaza, ella se preparaba, estaba en guardia con todo su cuerpo. También quería hacer algo rico ese día, mostrarle a Hilda que en ese tiempo había mejorado en la cocina. Gabriela era bastante mala en eso, se olvidaba de ponerle sal al arroz, dejaba mucho tiempo en el horno las cosas por miedo a que salieran crudas. Como casi siempre habían comido en la casa de al lado, no se había molestado en aprender. Lo único que dominaba eran los bizcochuelos, que a Hilda le encantaban. Cuando quedaron solos los tres, la falta de Hilda les gritaba encima, también en la boca y Gabriela se sintió de repente la encargada de que esa pequeña familia pudiera sobrevivir. Álvaro comía cada vez menos, se iba apagando de a poco. Ella no podía darse el lujo de estar triste, la muerte de Hilda había sido una cachetada ruidosa en su cara, que todavía ardía. Sabía que Álvaro, tristeza y todo, no podía dejar de ser como era, que no por él, pero sí por ella, intentaría, aunque fuese fingiendo, recuperar alguna fuerza. Gabriela anunció entonces con bombos y platillos la flamante idea de comenzar a cocinar para vender afuera. Atrajo el interés de sus dos espectadores, Álvaro y Amelia, que se miraron sin decir nada. «¿Bizcochuelos?», preguntó Amelia. «No, comidas caseras, voy a empezar a probar recetas y ustedes me tienen que decir si les gustan». A Gabriela no le interesaba vender, solo quería vigilar que Álvaro comiera de nuevo y también, por qué no, intentar, ver si de casualidad encontraba ese condimento que usaba Hilda, dar con un sabor parecido al que tenían antes las cosas.

Las primeras semanas fueron terribles, no había manera de que Gabriela pudiera acertar con la cantidad de condimentos y el tiempo que las cosas debían estar expuestas al calor. Álvaro comenzó a buscar de nuevo a Amelia de la escuela y antes de llegar a la casa pasaban por la fiambrería, cada uno se hacía un sándwich gigante para la merienda. Cuando Gabriela llegaba del trabajo y les proponía cenar, los dos estaban muy llenos. Amelia adoraba esa nueva tradición aunque sabía que no podían hacerlo todos los días, ese había sido el acuerdo, silencio absoluto y dos sándwiches a

la semana. De tanto intentar, Gabriela logró, por fin, tres platos completamente ricos. Álvaro y Amelia la aplaudieron en la mesa, estaba feliz, pero con esa felicidad a medias.

Ahora, ese domingo, compraba todas las cosas para cocinarles, rápido, porque los vendedores estaban nerviosos y enojados, tenían que espantar a los bichos que saltaban a los cajones de verduras y frutas. Revoleaban trapos y bolsas por el aire. Algunos ni siquiera habían armado las mesas y despachaban desde los camiones.

Cuando llegaron a la casa, Gabriela cargada de bolsas y paquetes, Amelia miró fascinada cómo la pieza naranja de costura era un desorden total. Había cajas y bolsas de tela por todo el piso. Hilda cosía una tela morada sentada en su máquina, el sol entraba justo a iluminarle las manos y rebotaba en el cuadrado de metal cerca de la aguja que tanto miedo le daba a Amelia. Álvaro seguía sacando cosas, estaba pensando en hacer un mueble pequeño solo para los hilos de Hilda. Gabriela todavía temblaba por dentro, pero con una sonrisa anunció que iba a cocinar ese día. Álvaro, Amelia y ahora Hilda aplaudieron.

Por la tarde, un cuchicheo, un relumbre bajo el filo de la puerta. Afuera: el atardecer, las langostas saltando de un lado a otro, una alfombra de velas cubriendo el jardín y Carmen, Clara y Nora rezando de rodillas. De no ser una postal del espanto, un reflector gigante señalando la casa, un dedo inmenso bajando del cielo y apuntando con toda la furia al secreto, ese paisaje de luz cálida y nubes plateadas podría haber sido hermoso.

Nora había encontrado a las chicas en la misa del sábado. Temblaba a cada palabra del padre Néstor. No era verdad que exageraban, no era verdad que nada estaba pasando, no era verdad que Dios avisaría y no estaba del todo segura de que Dios los salvaría en el final, en este final. Nada en ese sermón la tranquilizó, al revés. Siendo la única testigo del inicio del Apocalipsis tenía que hacer algo, decir algo, ¿a quién? Entonces vio a Carmen y a Clara, mirando hacia el piso, extrañas también, y supo, por el sudor que bajaba de sus frentes y poblaba de minúsculas gotas sus narices, por la inclinación y el movimiento de sus pies, por la tensión que veía aparecer en sus cuellos, supo que ellas también la habían visto. Por un momento, el miedo retrocedió un poco ante la sospecha de que ella no era la única pecadora que había sido advertida. Casi sintió alivio al saber que no estaba sola, después del abandono que había sufrido, tirada en la sala de la iglesia y dejada a su suerte, viendo cómo Hilda subía y bajaba sin decir una palabra. Todavía se estremecía entera al acordarse cómo, antes de salir por la puerta, Hilda se había dado vuelta y con un dedo sobre la boca le dijo: «shhh».

Apenas terminó la misa, Nora apareció al lado de ellas, las tres sabían algo que nadie más. Nora no dijo entonces cómo fue que Hilda se presentó frente a ella, pero les preguntó: «¿Ustedes también la vieron?».

Ahora, las tres se rendían sin explicaciones al misterio de la aparición, arrodilladas sobre el pasto del jardín, adorando la casa templo que resguardaba el misterio. Una aparición que las bendecía con la fidelidad al lugar propio, que no se había fugado para aparecer en otro lado, que estaba ahí adentro donde antes la habían visto tomando mate, que ahora, después de la resurrección, salía enfurecida a reclamarles por las velas encendidas, con la estola recién remendada en una mano, como si estuviera a punto de oficiar la misa de Adviento más eufórica que se hubiera visto.

Más furia hubiera tenido Hilda de saber que Nora, ignorando el gesto, comenzó a correr la buena nueva ante quien se la cruzara, hasta había llamado a la radio en un momento de crisis. Por el semblante nervioso, la mirada perdida y la voz entrecortada, la mitad de la gente no creyó nada de lo que les decía, eso le daba a Hilda cierto margen de privacidad. De la otra mitad, muchos ni siquiera conocían a Hilda y otros lo creyeron pero no querían salir a averiguar justo después de las langostas, esos se quedaron encerrados en sus casas. Hubo, sí, alguien que le creyó y apareció, justo detrás de las fieles arrodilladas en el momento en que Hilda les reclamaba. Con un ramo de flores gigante donde ya se posaban algunas langostas, Genaro, emocionado hasta las lágrimas, parado sobre la calle viendo a Hilda, se arrodillaba en su interior.

Álvaro salió como un rayo apenas lo vio, parecía impulsado por una fuerza guardada desde hacía años. Era el colmo, el mismísimo colmo, que tuviera el tupé de aparecerse ahora también. La desvergüenza. La caradurez. La falta de respeto, de códigos, de conciencia. ¿No había quedado claro entonces, no habían acordado los tres no contarle a nadie, no se había comprometido él a no hablarles nunca más? No reconocía ningún tipo de límites, ni siquiera los de la vida y de la muerte. Todo eso Álvaro lo decía con la mirada. Sus ojos hacían fuerza igual que sus brazos en jarra, que su jadeo mudo. Algo, sin embargo, muy pequeño, minúsculo, lo hacía dudar. No era la posibilidad de ser indiscreto y ventilar asuntos privados delante de las chicas, que de ese pasado anterior a ellas nada sabían, no, no pensaba hablar de todas formas. La duda que hacía replegar su enojo, mínimamente, apenas un poco, era sentirse extrañamente acompañado.

Genaro entendió la mirada de Álvaro, su enojo, pasado y presente, y les habló a los dos: «Nora me contó y quise comprobarlo. Para lo que sirva, estoy dispuesto. Con todo respeto, Álvaro. Hilda, bienvenida, es una alegría volver a tenerla con nosotros».

Tarde o temprano las plagas se van. Hilda y Álvaro lograron estar solos de nuevo ese domingo por la noche. Era un decir. Las langostas seguían sobre el pasto, como si la creciente y pesada humedad en el aire les impidiera volar, como si estuvieran ahí, esperando algo. Hilda las vio cuando fue a pegar con cinta adhesiva la esquina del papel floreado que tapaba la ventana y comenzaba a caerse, parecía que miraban hacia adentro.

El lunes por la mañana, en la radio, comenzó a sonar el rumor de que la señora Hilda Bustamente había resucitado, nunca se había muerto, era mentira, se había ido por un tiempo y volvió, no puede ser posible, de qué estamos hablando, la gente está nerviosa por las langostas y se pone a inventar cosas, ahora dicen que revive una señora enterrada hace un año, por qué lo inventaríamos, dicen que Nora misma la vio, Nora quedó un poco mal desde el viernes, casi no pudo declarar, hay mucha gente que quedó mal, de los vidrios nadie averiguó nada, y el padre Roberto no aparece, la policía no puede con todo, la policía debería saberlo, la policía no averigua cosas paranormales, ni saben todavía quién robó los alambrados de las canchas, qué es lo normal, después de todo, la policía no puede con nada, doña Hilda siempre fue muy buena y la gente que muere y era buena va al cielo, no revive, o no era tan buena o qué pasó, esas son cosas que pasan en otros países, el cura suplente debería decir algo, mandar una carta aunque sea, el otro día en misa el cura suplente dijo algo en contra de Dios y cuando salieron ahí estaban las langostas, no fue tan así, no fue contra Dios del todo solo dijo que no era tan perfecto, si Dios fuera perfecto no se le hubiera escapado un muerto, qué hacés llamando a la radio, cortá, la Biblia anunció las plagas hace un montón, la plaga es porque están fumigando en los campos del norte y los bichos se escapan, es tremendo cómo la gente no se acuerda de esto y siempre pasa lo mismo, todos los años lo mismo, de la señora esa que hablan yo no sé nada, solo digo que no es algo de los demonios ni de los santos, es algo del campo, lo de las langostas, no lo de los muertos, pero están en la ciudad las langostas y eso es un mensaje, la catedral sigue cubierta y hoy hay asueto municipal, tampoco pasaron a retirar la basura, esta gestión es terrible, no les importa nada porque no es año de elecciones.

El rumor corrió como corren los rumores en las ciudades pequeñas: con piernas fuertes, a toda velocidad, saltando los pozos, las tapias, la gente. Era una posta deforme que con cada toque de manos se convertía en otro objeto, por allá tenía más brillo y espiritualidad, por aquí un tono más macabro y la sospecha de que todos los niños estaban en peligro. Los niños, mientras tanto, escuchaban partes de conversaciones, algunos tenían pesadillas, otros se juntaban para ir al cementerio a ver la tumba «de la Hilda», donde el guardia, al ver la tierra removida desde el viernes, y sin saber qué había pasado porque los viernes son viernes de truco desde media mañana hasta entrada la nochecita, decidió alisarla sin más para borrar cualquier rastro de vandalismo, cirujeo necrológico o magia de cualquier orden y color.

Había épocas que daban más trabajo que otras, y no por los muertos, el trabajo siempre lo daban los vivos, esos que entraban a buscar que una cruz de bronce, que unas flores para revender, que un puñado de tierra de quienes murieron de forma inesperada. Fue Martín quien vio la tierra removida de la parcela de Hilda. Pero como pueblo chico, muertos conocidos, no asoció a la señora con ningún tipo de interés esotérico de parte de su familia, sabía, en cambio, que si alguno de ellos visitaba la parcela, se molestaría por el desorden de la tierra y tendría que fingir estar averiguando de qué se trataba todo eso, y era viernes de truco. Lo raro, sí, era que no estaba algo removida, era como si hubieran querido plantar algo y se hubieran arrepentido, la tierra parecía mezclada, y solo esa tierra, los compañeros de fila estaban de lo más tranquilos. Siempre hay un revoltoso, pensaba Martín mientras aplacaba la tierra con la pala y se acordaba cómo él, de niño, en la escuela, no era uno de ellos, él pasaba desapercibido, ¿sería esa poca gracia la que lo había llevado a ese trabajo? Era un trabajo tranquilo, se llevaba bien con los compañeros, los de la Municipalidad casi no venían así que podían usar la oficina como salón de juegos y living comedor. Cuando le tocaban las guardias nocturnas se quedaba viendo una tele chica y solo se pegaba dos vueltas a las dos y a las cuatro, rapiditas, no vaya a ser. No era miedo a los muertos, era otra cosa, aunque no sabía muy bien qué.

Entonces, cuando empezaron a llegar grupitos de tres, cuatro, cinco chicos de entre seis y doce años supo que venía una de esas épocas. Alguien había largado algún cuento, porque qué grupo de niños se organizaba para ir al cementerio sin

mayores. No había muerto ningún chiquito últimamente desde el pobre de Francisquito, hacía ya más de diez años. Los amigos de Francisquito eran todos adolescentes tristes ahora y no iban a visitarlo, hubiera sido como visitar a un niño y ellos habían crecido. Vio a un grupito de lejos y pensó primero que habían ido a jugar al fútbol, a veces armaban minipicadas corriendo por todo el campo y él fingía perseguirlos, sintiéndose también parte del juego. Pero a estos los veía más bien quietos, con la vista fija sobre un punto. ¿Habría un animal muerto? Se levantó del escalón donde se guardaba del sol y comenzó a caminar a paso firme hacia ellos cuando se dio cuenta y se paró en seco: estaban cerca de la tumba de doña Hilda. Primero tuvo miedo por la manipulación de las pruebas, pero inmediatamente después sospechó que quizás eran esa manga de porquerías los que habían vandalizado la tumba de la pobre señora y mejor asustarlos ahora que tener que estar vigilando todos los días. Pensaba qué pregunta sonaría más aterradora pero cuando llegó a medio metro de ellos parecía que alguien más ya se la había hecho. Se dieron vuelta a mirarlo, pálidos y extasiados al mismo tiempo, y le dijeron: «¿Usted la vio cuando salió de la tierra? Esta tierra está distinta. Es verdad entonces. ¿Van a salir los otros muertos también?».

«Dicen que la doña revivió, que salió de la tumba y que vino a quejarse con el marido de que la enterrara toda viva», decía una señora que pasaba del brazo de otra por el frente de la casa de Hilda, guardando la distancia, mientras Carmen, Clara y Nora prendían las velas de un nuevo día y sacaban la cera derretida sobre el pasto.

Gabriela iba temprano ese lunes con Amelia a lo de Hilda y, viendo cómo la gente que pasaba no dejaba de mirar hacia la casa, y algunos incluso se persignaban, enfureció. «Doña Hilda les dijo específicamente que no estén hablando ni haciendo cosas raras ¿y vienen a prender velas de nuevo? ¿No les dijo eso ayer después del espectáculo que hicieron? ¿No se dan cuenta que puede ser peligroso para ella que la gente se esté fijando? ¿Qué pasa si viene la policía y se la quiere llevar?». Amelia se espantó al escuchar eso, fue corriendo a casa de Hilda y abrió la puerta sin golpear. Gabriela no tenía tiempo para ir detrás de ella porque Nora le replicaba que bajo qué cargos se llevarían a Hilda los policías. Lo dijo con una tranquilidad como si estuviera discutiendo una multa de estacionamiento. «Además –dijo Carmen–, sabemos que esto es una prueba, si no la alabamos nosotras, ¿entonces quién?». Gabriela no daba crédito de esta nueva Carmen, entendía el shock, claro que lo entendía, ella misma había llorado cada día desde que Hilda había vuelto, llevaba tres días llorando a escondidas porque no entendía cómo era posible y no sabía qué decirle a Amelia, que estaba tan feliz y sin ninguna preocupación. Hilda no podría salir de la casa, ¿cuánto tiempo viviría así, escondiéndose, sin saber qué decir o hacer?

La noche del viernes nadie había dormido pensando en eso, deseando conocer a alguien con experiencia que les pudiera aconsejar. Lo más lógico era la mudanza, que toda la familia se mudara, ellos cuatro, a otra ciudad, lejos. Nadie tendría por qué saber que había un certificado de defunción y si llegaran a encontrarlo sería más fácil decir que estaban percibiendo una jubilación mal habida antes que confesar. Le preocupaba también ese otro tema, la salud. Pero no se animó a decirlo. ¿Cómo saber si estaba bien? ¿Estaría bien? Gabriela no podía dejar de pensar en esas cosas y había comenzado a comerse las uñas, a pesar del asco que le daba ver esa costumbre en otra gente. Quería gritar de alegría porque había vuelto Hilda, lo más parecido a una mamá que alguna vez tuvo, y tenía tanto miedo de hacerlo. Si su afecto era medido en vida, en la vida anterior de Hilda, hasta el punto de sentir que su nombre en el aviso fúnebre era una intromisión y de borrarlo antes de dejar la nota en el diario, si cada

abrazo se quedaba solo en el impulso porque no sabía hasta cuándo ni cómo demostrarlo porque para ese amor ella tampoco tenía antecedentes, nadie que antes le hubiera enseñado, ¿qué hacía ahora? Ahora que Amelia estaba más pegada que antes a las piernas de Hilda, inseparable, ya no como la sombra sino como si fuera el mismo calor que su propio cuerpo desprendía. ¿Y qué era ese calor? Tampoco de eso habían hablado, ni de lo conveniente que sería que un doctor la viera, que revisara sus signos vitales, sus pulmones, saber si no tenía tierra en alguna parte adentro, saber si todo funcionaba como antes. Ni siquiera habían pensado cómo fue que volvió a funcionar, no era eso lo importante ahora. Lo importante era saber si estaba bien, cómo mudarse sin levantar sospechas. Era lo único que tenían que solucionar y luego el tiempo diría. Pero el tiempo trajo al sábado y el sábado trajo a las chicas de las Devotas. Y ahora ellas, de nuevo, sin Susana, a quien nadie había visto desde entonces, pero con Nora completando el trío como si de a tres fuera la única forma de moverse, fundando una religión en el jardín delantero, y Amelia llorando adentro de la casa porque no quería que la policía se llevara a mamá Hilda y mejor ese día se quedaba a dormir ahí para vigilar que nadie viniera, que nadie se la llevara.

Hilda también sentía ese calor extraño saliendo de su piel, un fuego que crujía con furia en cada campanada y que se alzaba firme y arremolinado con cada nuevo abrazo de Amelia. También sentía cómo, poco a poco, iba mermando lentamente.

Carmen, Nora y Clara entendieron entonces que su fe no era puesta a prueba solamente por Hilda, sino también por Gabriela, que sacaba todas las velas del jardín y las tiraba adentro de una caja y ahora las corría diciendo «shu shu» como si fueran perros. Era cierto que Hilda les había pedido que mantuvieran el secreto. Sabían que nada había dicho Susana, que desde aquel día no volvió a salir de su casa. La llamaron, pero los hijos no quisieron pasarle el teléfono, no podían saber si era porque ella no quería hablarles, si era porque estaba todavía muy afectada o si era porque los hijos de Susana habían sido siempre unos odiosos. Carmen tampoco habló de eso en su casa, estaba extasiada con la revelación y aunque la notaran extraña preferían no averiguar. Clara vivía con su mamá y solo a ella se lo contó, una señora muy anciana que estaba postrada en su cama. De ellas no había salido nada. Miraron a Nora. Nora dijo que los testigos tienen el deber de hablar, no solo la posibilidad. Estaban a punto de comenzar a reclamarle pero era cierto también que estar paradas ahí, prendiendo velas, no era lo más discreto, algo tenían que hacer, ¿pero qué?, Hilda se resistía a la ofrenda y ellas eran testigos de un milagro sin poder decirlo, quizás era el momento de preguntarle al padre Néstor y que él las guiara, ahora que parecía tan efusivo, tan certero. El debate acalorado era espiado a través del papel que tapaba el hueco de la ventana, dos ojos en medio del oscuro paisaje floral. «Se fueron», dijo Gabriela, suspirando aliviada, viendo cómo Amelia era una garrapata prendida a Hilda y pensando cómo ella quería hacer lo mismo.

«Esto que me cuentan, ¿es verdad?». El padre Néstor había reflexionado mucho sobre su homilía del sábado. Tuvo todo el domingo sin misa para pensarlo, encerrado en la iglesia, sintiéndose vigilado.

Cuando las Devotas llegaron, casi tuvieron que escurrirse por el diminuto espacio de la puerta que él dejó abierto. Adentro no había nada que las langostas pudieran comer, salvo los arreglos florales y el ropaje de la Virgen, si es que eso comían, y lo que menos les hacía falta en ese momento era una virgen desnuda. Luego, solo quedaba él.

Había dicho frente a todos que Dios no era perfecto y después las langostas. Y ahora las chicas que venían a decirle que Hilda estaba viva, no, no estaba viva, re-su-ci-tó.

La ventaja del padre Néstor durante toda su vida había sido una: un rostro incapaz de reflejar emoción, por eso llamó tanto la atención su discurso exaltado del sábado, por eso ahora podía simular una escucha atenta cuando por dentro el pánico le daba pequeños latigazos. Las Devotas no iban a inventar algo así, o era real o toda la ciudad era víctima de una psicosis colectiva.

Pidió que repitieran la historia, una vez más. Era la tercera vez que Carmen y Clara la contaban, pero cada vez le nacían nuevos detalles, que si el sueño de la noche anterior, que la sensación que les dio ver la casa cerrada, que lo que habían pensado cuando no abrían la puerta, que la historia de una prima anciana de Clara que no atendía el teléfono ni abría la puerta y cuando entraron por una ventana para comprobar que no estuviera en peligro ahí estaba ella, vistiendo y desvistiendo sus muñecas de colección en la oscuridad de una pieza repleta, hablándoles con una voz aguda muy distinta a la suya y cómo se habían asustado tanto al verla así que nadie quiso visitarla nunca más.

Néstor miró a Nora, que no lo miraba, que solo miraba a Carmen y a Clara asintiendo, incluso cuando ellas se contradecían. Nora asentía sin hablar y una vena comenzaba a adueñarse de su frente, parecía tener diez años más que la semana pasada. «¿Y usted, Nora? ¿Vio a Hilda?». Nora sintió el frío correr por su cuerpo, todos los ojos encima, los ojos del padre, de Carmen, de Clara, de Hilda, de la Virgen, de las langostas, de la señora que coleccionaba muñecas, de las muñecas. Y lloró.

En ese pequeño cuarto donde había visto a Hilda por primera vez, Nora confesó su pecado que no era solo suyo, el amor inevitable que había nacido entre el padre Roberto y ella, el deseo que se hacía carne y se hacía manos, la pregunta por la voluntad de Dios, la pregunta por la capacidad de Dios, por qué sentir si no es correcto, por qué vibrar si no es decente. Nora lloraba y se defendía, Nora confesaba y se justificaba, Nora tartamudeaba y sorbía sus mocos mientras decía que le preocupaba mucho no saber dónde estaba Roberto, cómo estaba, «Roberto no es malo, yo tampoco, pero él menos, Roberto merece amor y tuvimos tanto miedo, pero él se fue corriendo y nunca se lo voy a perdonar, porque Hilda es Hilda pero en ese momento no sabíamos nada, Hilda pudo haberme matado, Hilda pudo haber hecho cualquier cosa, todavía no sabemos qué quiere hacer, qué puede hacer, y él me dejó sola, y eso sí no se lo voy a perdonar nunca». El llanto se hizo incontenible y se tapó la cara con los brazos.

El padre Néstor dejó caer toda su espalda contra el respaldo de la silla mirando hacia la nada. Y mientras Clara trataba de consolar a Nora, intentando despegar los brazos de la cara sin ningún resultado, Carmen, con la boca abierta, estupefacta, parecía haber recibido de nuevo a su rostro anterior, como si por obra y gracia de este inmenso, terrible e inesperado chisme la Carmen de siempre hubiera vuelto de golpe y porrazo y el milagro evidente de la resurrección de Hilda se hubiera dado solamente para que ahora, decidida y a toda velocidad, ella pudiera ir casi corriendo a su casa a contárselo en persona.

Hilda. Hilda y su piel delgada, con pocas arrugas para sus años y menos para su muerte. Hilda, la de los ojos color caramelo, chiquitos. Hilda, la que no tuvo hijos y es abuela. Hilda, la novia de Álvaro, la chica Devota. Se mira frente al espejo en un raro momento de soledad desde su vuelta a la vida, se pone la mano en el pecho que sube y baja, separa la mano unos centímetros y siente el calor ir y venir desde el pecho hasta la palma. Hilda se pasa los dedos flacos por el pelo ondulado y finito, se sonríe con lástima al pensar en lo difícil que resultará mantener esta vida en secreto cuando la vida de antes nunca tuvo algo especial, una vida promedio y una muerte promedio interrumpida por el milagro. ¿Sería este el milagro concedido cuando ella rezaba hace mucho tiempo por otro? ¿Habrían mezclado los papeles, los expedientes, las fechas? ¿Era un mensaje confuso el anhelar una vida, la vida? Hilda. Hilda y sus uñas gruesas que le permitieron golpear y salir. Hilda y sus brazos resistentes que le permitieron colgarse del cordón de la campana, alzar de nuevo a Amelia. Hilda se sonríe a sí misma, ahora sin lástima. Hilda, la que recibió el milagro, ya no importa cuándo. Hilda, la que pudo volver, siente ese calor que rugía como una brasa en su pecho mermar repentinamente, borra su sonrisa, cae al piso, muere.

Desde el sábado Susana no podía parar de llorar. Supo de la misa y las langostas porque su esposo, preocupado, le contó todo tras la puerta de la habitación que ella eligió como escudo ante el mundo. No era el mundo el que le molestaba, pero valía la pena el simulacro.

Su esposo pensó que la anécdota extraña la haría interesarse, abrir la puerta, secarse las lágrimas. Luis sabía que a Susana le gustaban los misterios, había visto la pila de libros de suspenso que ella escondía en su parte del ropero, en las cajas de aceite en el estante de abajo de la despensa, en los canastos de ropa para donar. Sabía de ese amor secreto pero pensaba que parte del disfrute, quizás, era el silencio, la ficción de una vida oculta, así que jamás se lo dijo, nunca fue un tema de conversación entre ellos.

Hacía tiempo, cuando viajó a la capital por trabajo, Luis visitó varias librerías y en una encontró una colección de diez libros de suspenso importados. El vendedor le aseguró que no había otro lugar en todo el país donde vendieran esos libros. Compró los diez y a su vuelta convenció al librero local de participar de su puesta en escena. Susana no era mezquina pero amaba regatear, un hábito que la había alejado de sus hijos, que no soportaban la vergüenza. Le cedió la colección al librero bajo la condición de vendérselos solamente a Susana, regateo de por medio. Los dos saldrían ganando. Él estaba pagando por el secreto.

La semana que Susana descubrió los libros pasó más horas en la iglesia, él se dio cuenta, orgulloso de no haber errado en el gusto. Ella estaba entusiasmada por el hallazgo pero se sentía sola, ignoraba el andamio que sostenía su descubrimiento, no tenía a quién contarle sobre lo que leía, se había vuelto algo inmenso y callado en su bolso, en su ropero, en la despensa, en el canasto.

El domingo no había nada que pudiera contarle detrás de la puerta. No hubo misa por las langostas. Carmen, Clara y Nora fueron a buscarla pero ella no abrió la puerta, escuchó a su esposo preguntarles si sabían de algo que hubiera pasado, algo por lo que ella pudiera estar así, las escuchó mentir, las palabras de Gabriela retumbaban todavía y decidieron ahora, por fin, ser prudentes. «No pasó nada, sabemos que se sintió un poquito mal, nada más, que se mejore pronto».

El lunes a la mañana su esposo escuchó la radio y entendió algo, sin saber muy bien qué. Forzó la puerta de la habitación y entró para ver a Susana sentada en el piso,

abrazando sus piernas, sin más lágrimas, con los ojos hinchados. Ella lo miró y le dijo: «Hilda volvió, no entiendo nada, pero volvió».

Pasaron horas así, sentados en el piso, abrazados, cicatrizando esa soledad a la que Susana se aferraba con uñas y dientes. «Vamos a ver a tu amiga», dijo él, poniendo un ungüento improlijo sobre todos esos años sin decir.

Cómo podía saber Susana que el tiempo era limitado y que no podría encontrar de nuevo a su amiga, darle ese abrazo que le negó en su perturbada emoción, que de camino a verla, a encontrarse, a conversar, Hilda estaría desvaneciéndose de nuevo en la oscuridad de lo que no es más, perdiendo el calor de su pecho, soltando la insistencia de su cuerpo. Cómo podía saber Carmen que después del milagro de la resurrección vendría la muerte de nuevo y se llevaría a su profeta y a su amiga, que de camino a contarle ese increíble chisme, sin la ferviente devoción que antes la había cegado, Hilda no estaría para escucharla. Cómo podía saber Álvaro que esta vez la muerte era para siempre, abrazando el cuerpo de Hilda en el piso, esperando que de nuevo abriera los ojos como ya lo había hecho una vez.

Susana y Carmen se encontraron frente a la casa. Y aunque luego se reprocharía cada una no haber llegado antes, también hubieran querido demorar ese camino mínimo, esos pocos metros que las separaba de la vereda hasta saber que Hilda se había ido. Pocos metros nos separan de cosas indecibles, de otra vida. No se rinde pleitesía a lo que nos separa de lo bueno, porque creemos que ese recorrido es solo nuestro, pero los malos, los metros malos, los metros cargados de desgracia, de dolor, se marcan con un trazo imborrable y siempre duelen y siguen doliendo. Cada vez que visitaran la casa de Álvaro se pararían en el mismo punto en el que, llegando, sus miradas se cruzaron y se unieron brazo a brazo hasta la entrada. Tocaron la puerta, Gabriela desarmada la abrió y ellas supieron sin que nadie tuviera que decir nada, ninguna explicación, porque era la Gabriela un año atrás la que abría esa puerta, la que estaba forzada a sostener su propio cuerpo, la que parecía tener al mismo tiempo los siete años de Amelia y los 79 años de Álvaro pero no los de ella, borrar los de ella en el espanto de perder de nuevo una madre ganada, porque si había dolor en perder lo propio dolía dos veces perder lo ganado, el cariño ganado, el abrazo ganado, la confianza ganada, ¿adónde se va ese esfuerzo cuando es el otro el que se desprende primero?, ¿adónde se va el arrojo que permitió salirse de uno mismo forzando cada milímetro para llegar hasta el otro que con soltura habitaba el mundo? ¿Adónde van los que se quedan?

Nora, Clara y el padre Néstor apuraron el paso detrás de Carmen. Llegaron a la casa para encontrarse con un sepulcro lleno, el misterio inverso, la piedra adentro de la casa. La piedra del cuerpo de Hilda, arrojada por un dios perverso de nuevo a la vida y vuelta a donde sea que hubiera descansado en ese intervalo que ahora empezaba de nuevo.

Álvaro era un gendarme custodiando un cuerpo que le pertenecía, no a él, pero sí a Hilda, y en ausencia de Hilda, en la imposibilidad de su despertar inmediato, él lo protegería y lo guardaría como se guarda el luto y se guardan los días y se guardan los alimentos ante la amenaza de una catástrofe. No cometería dos veces el mismo error, no cubriría de tierra ningún otro cuerpo, nunca. Si velar era permanecer despierto, podía ya mismo despedirse de su sueño, vivir en la vigilia para siempre hasta que Hilda decidiera volver, hasta que el dios nuevamente olvidara el orden de sus tareas y el despiste la trajera a su cuerpo sin calor, a sus ojos chiquitos que ya no lo miraban.

A veces los cuerpos parecen saber qué hacer mucho antes que sus dueños. Mientras Gabriela se amontonaba en una esquina del sillón, Susana, sin dejar de lagrimear ni un momento, llenaba al tope la pava con agua, su esposo buscaba los fósforos, Carmen batía café en cada taza que Nora le alcanzaba, Clara rezaba bajito y Amelia gritaba, gritaba sin parar. No era un grito de sorpresa o miedo, era un quejido doloroso que llenaba toda la casa.

El padre Néstor avanzó por el pasillo hasta el umbral de la puerta de la habitación, su cuerpo era el de una persona de fe repleta de dudas, no había en ello contradicción, pero sí impotencia. Vio a Hilda como la había visto tiempo atrás, ausente de su cuerpo y con semblante calmo, como si hubiera cumplido dos veces con una tarea que no le correspondía en primer lugar.

La Piedad era eso, ese hombre de la bicicleta con la luz del atardecer tocando el costado de su rostro, la manga corta de la camisa blanca y raída, el brazo de Hilda que se escapaba hasta el piso. Pensó en todas esas veces en las que le pareció difícil contener a los familiares de un muerto, cómo se tensaba antes de llegar a una sala velatoria, antes de rezar en el cementerio, pensó en ello como quien piensa en días felices, sin problemas, qué preocupaciones livianas aquellas, para las que sí había un manual aunque su uso fuera incómodo.

La huida del padre Roberto era algo inédito para él, las langostas cubriendo las paredes de la iglesia eran algo inédito para él, consolar al viudo de una resucitada era algo inédito para él. Y descubrió, en esa inauguración de las cosas, un alivio que no había sentido en mucho tiempo. Donde antes había tensión, ahora había algo real que palpitaba, la experiencia de la que hablaba en misa, esas palabras repetidas eran ahora agua sucia. Esto, esto ante sus ojos era un manantial, y dios estaba ahí, solo que deforme y espantoso, hiriente y burlón, quizás por eso más presente y real que antes, agazapado en esa pieza que comenzaba a oscurecerse, mirando con desdén y ojos brillosos, preparado para saltar con sus patas traseras de langosta, para usar su poder sin lógica en otros infelices.

«La nena no deja de gritar», dijo el esposo de Susana, y se acercó despacito a ella. Abrumada por la tristeza y por no entender muy bien al final cómo funcionaba la muerte, Amelia calmó la estridencia de su emoción apenas Luis se agachó con toda su ajenidad y altura y quedó en cuclillas, ojos frente a ojos: «Te va a doler la garganta mañana si seguís gritando así, nena, ¿sabés cómo se hace para gritar fuerte sin que te duela?». Amelia, puchereando, negó con la cabeza y Luis comenzó a buscar en la pequeña mochila de arcoíris. Sacó el cuaderno de notificaciones y un marcador rojo y se sentó al lado de ella, contra la pared que la sostenía todavía de pie. «¿Qué te gustaría gritar?». «Mamá Hilda», dijo ella abriendo de nuevo la canilla del llanto. Entonces Luis, exagerando el ímpetu, escribió en mayúsculas *¡¡¡¡¡MAMÁ HILDA!!!!!* justo debajo de la notificación para pagar la cuota de la cooperativa de ese mes. El espanto de Amelia ante la muerte se convirtió por un momento en el microespanto cotidiano y terrestre de ver cómo alguien que ella apenas conocía, con toda la ilegalidad del mundo, anotaba cosas que no tenía que anotar en un lugar casi sagrado. No conforme, Luis agarró el borde de la hoja y la rasgó con brutalidad y rapidez dos veces, solo hizo falta un pequeño rasguido más y ya bailaba entre sus dedos una tira de papel gritando ante la boca abierta y muda de Amelia que, con la cara húmeda de llanto, se acercó lo más posible al oído de Luis y le dijo en voz baja «Está prohibido usar ese cuaderno», temiendo la vergüenza repentina que sentiría ese hombre grande si alguien más se enteraba de que él no conocía los usos, costumbres y leyes inquebrantables de la Escuela Primaria 22. «Es que cuando usás lugares prohibidos el grito es más fuerte», le dijo él sonriéndole y devolviéndole el cuaderno y el marcador.

Álvaro no quería soltar a Hilda.

Habían entrado todos, cada uno de ellos, menos Amelia, a verla, a tocarla, a corroborar el nuevo martirio, el latido ausente.

El padre Néstor primero. Se sentó en el piso frente a Álvaro, que estaba apoyado contra el pie de la cama sin dejar a Hilda. «¿Cómo estás, Álvaro?». «No sé», contestó. «¿Puedo?», le dijo haciendo un gesto con sus manos, pidiendo permiso para tocar a Hilda. Álvaro asintió. El padre, muy lentamente, comenzó una exploración dictada solo por la intuición: tomó la mano derecha de Hilda que estaba sobre el piso, sintió el frío de su piel liviana, la dureza de los huesos que habían cosido y remendado sus estolas, puso esa mano sobre su mano, con la palma mirando hacia el techo y deslizó suavemente tres dedos hasta la muñeca: nada, no había nada, ni pulso, ni estigma, ni un latido en clave que les dijera qué hacer. Álvaro miraba con angustia, atento. «Perdón por no avisar antes», dijo, con la secreta esperanza de que la disculpa desbloqueara un sentido divino en el tacto del padre y esa redención despertara algún otro resto de vitalidad. «No se preocupe, Álvaro», dijo el padre Néstor, dando vuelta la mano de Hilda y dejándola descansar delicadamente sobre el abdomen quieto. Tomó la otra mano y repitió el ejercicio, como un padre que cuenta los dedos de las manos de su hijo recién nacido, el gesto, suave, hasta cariñoso, no sabía qué buscaba, pero tenía toda la forma de un saludo, de un reconocimiento.

Levantó la mirada hacia Álvaro: «Le puedo dar la Extremaunción, si usted quiere». «No, padre, gracias. Espero». El padre Néstor lo miró, supo que no había nada más que pudiera decirle, ninguna forma del consuelo, y le preguntó qué podía hacer por él. «Avísele a Genaro».

Cayó una gota y después dos hasta convertirse en una tormenta que parecía un diluvio, una mezcla de tiempos evangélicos que amenazaba recomponer ese apocalipsis con las vendas de un antiguo testamento. Hay ciclos también en lo profético y lo misterioso. El orden que guía al universo y a sus formas descansa en cada venida de la muerte, cada langosta y cada vidrio explotado. Adentro de ellos, la explicación que nadie alcanza.

En poco tiempo la casa mojada en la cuadra mojada en el barrio mojado parecía húmeda desde el origen del mundo. El agua brillaba sobre los techos y los pastos, alejaba por fin a las langostas, lloraba lo que algunos no podían. Llovió toda la noche sobre la ciudad, sobre la casa de Hilda que ya no estaba, sobre la casa donde todos esperaban.

Solo había estado cuatro días con ellos. Era un número absurdo, un número par. ¿Quién resucitaba para estar vivo solo y exactamente cuatro días? Tenían que esperar ese otro milagro que era la continuidad, la vida sostenida. La espera suspende brevemente la tristeza, es un palo que separa el cuerpo de un perro rabioso. Toda la extensión del palo, su firmeza, es la esperanza, aunque sepamos de su poca flexibilidad, de su nula empatía: el palo no se esforzará más por nosotros, no será más palo para evitar el dolor de la mordida; aunque sepamos de la vida que late en los músculos del perro, que puede saltarnos encima en cualquier momento, usando las estrategias que le son permitidas en su naturaleza de bicho vivo y por ello impredecible.

Genaro llegó esa madrugada de lluvia, desencajado, improlijo como nunca lo habían visto, sintiendo por primera vez la pena que no se permitió antes. Cuando Nora le contó que Hilda había vuelto, decidió suspender todo tipo de emoción y también de duda, fue a ver, preparado, como quien ha estado siempre esperando. Verla de nuevo, poder hablarle, ese era el milagro. No importaba cómo, qué había pasado, ni quién era él, si tendría que ser un fiel, un testigo. No podría ser quien hubiera querido, ni antes ni ahora, eso ya lo sabía, pero intentaba con esa presencia disculparse con Álvaro, decir esto era cierto, a través de los años, dar testimonio de esa adoración. Por eso corrió cuando el padre Néstor lo llamó, sin querer creer que de nuevo Hilda se había ido. Ahora traía con él al doctor que Gabriela hubiera esperado antes, un doctor de confianza, discreto. Habían convencido a Álvaro de recostar a Hilda sobre la cama y separarla de su abrazo. Genaro no pasó a verla hasta después de que el médico se fue. No había nada que hacer, la señora había fallecido. «¿Pero puede volver de nuevo?», preguntó Susana. El médico no entendió la pregunta, se quedó mirándola asumiendo una emoción muy fuerte, un shock entendible. Genaro cambió la cara. No le había adelantado nada de la historia clínica de Hilda, no lo consideró pertinente. «¿Volver cómo?», preguntó el médico. «A vivir», dijo Susana. Una respuesta entera, sin asomo de dudas. El médico pareció escuchar otro idioma. «La señora falleció, corresponde notificar a la policía y preparar el velorio, puedo escribir el certificado de defunción». «Ya lo tenemos», dijo Álvaro.

Cuando el rumor de la resurrección de Hilda completó la primera ronda por toda la ciudad y volvió a los primeros oídos desde otra voz distinta, cruzando el espesor del feriado y de la lluvia, Hilda ya estaba muerta. La primera comitiva que llegó a la casa a preguntar descaradamente, como diría luego Carmen, se encontró con un velorio. Qué incómodo todo. Claro que había muerto, por eso había un velorio. ¿Pero no había muerto ya antes? Eso era lo que decían, después de todo. ¿Antes cuándo? Recemos un poco y vámonos.

Álvaro no quería saber nada con la idea del velorio, no lo iba a permitir, Hilda volvería en cualquier momento y cómo le explicaba. Todos los demás, ese grupo de gente que no se había ido nunca de su casa, el padre Néstor, Nora, las amigas de Hilda, Gabriela, el esposo de la amiga de Hilda, Genaro, coincidían en que lo mejor sería hacerlo de todos modos para aplacar a la gente que comenzaba a rondar por la cuadra. Lo convencieron al decirle que mientras tanto estaban esperando a que Hilda despertara, aunque delante de los demás tendrían que disfrazar la espera. Si preguntaban por la lápida dirían que había sido puesta antes por error. Solo la gente del cementerio podría quejarse, delatarlos, pero entonces tendrían que explicar cómo Hilda había salido de ahí.

Fingir que no se espera en un velorio, recibir el pésame de nuevo, pero esta vez con una tristeza corrida, impura, ridícula, agitando el palo para pegarle al perro antes de la mordida.

Discúlpeme, pero la señora Hilda murió hace tiempo, no ahora, ¿usted no se acuerda? Fuimos al entierro. ¿Cómo puede ser que la gente piense que se murió recién? Vamos al cementerio ahora y vea la lápida. ¿Cuántas veces piensa usted que se va a morir? Andan diciendo ahora que la señora revivió y salió de la tierra, ¿salió o la sacaron?, que anda dando vueltas por la ciudad, que ella trajo las langostas, vamos a la casa a ver, dicen que ahí está ella con su culto, que hasta el padre Néstor se está convirtiendo porque ella tiene poderes. Pero en su casa la señora que había estado muerta está muerta todavía. Yo no la vi viva. ¿Nunca? Bueno, sí, antes, pero no la vi viva de vuelta, es mentira que revivió. La vecina dijo que fue al velorio. ¿A cuál? Al de ahora, que ahí estaba ella, que no estaba desmejorada, parecía muerta, pero muerta de recién.

Y la lápida ahí estaba, y toda la tierra parejita, y un grupo de chicos cada tanto acercándose, y el guardia corriéndolos y palideciendo cuando le preguntaron si alguien de la familia había ido a sacar el cuerpo, porque esa era la única explicación.

También fueron cuatro días con sus cuatro noches el tiempo que duró este velorio de Hilda, antes de que los vecinos comenzaran a quejarse del peligro sanitario, del olor a velas mezclado con otras cosas que ellos no querían ni enterarse de qué eran.

Las chicas no se habían movido del lado de Hilda. Susana, Carmen y Clara agarradas de las manos. Ninguna lo dijo pero pensaban que no iba a despertar, casi con certeza, como se saben las cosas que solo se saben. Y lo sabían. Pero si un aire leve entrando por la ventana levantaba breve el cuello del vestido de Hilda las tres abrían más los ojos, alzaban la cabeza, dejaban por un momento de respirar, se tambaleaban en ese borde de un nuevo precipicio, metros y metros de pura esperanza donde caer. Cada tanto se paraban, iban a hacerse un té, fingían tener una conversación mientras escuchaban qué se decía en la pieza, listas para entrar corriendo, para decir: «Hola, Hilda».

Al segundo día, la Municipalidad mandó oficiales para que «levanten todo», una frase que no fue muy feliz ni ellos supieron cómo aplicar cuando llegaron y se dieron con la escena: una señora muerta sobre una cama, un velorio en el que la gente parecía triste, sí, pero acostumbrada. ¿Por qué tanto?, se preguntaban por lo bajo. Al final, solo indicaron que no estaba permitido extender los velorios en las casas particulares por tanto tiempo. Genaro, bañado y recompuesto, abogado en cuerpo y alma, pidió que volvieran con la notificación pertinente y copia del artículo exacto de la ordenanza municipal. Ganaron un día más, en lo que se reunía el Concejo para redactar el artículo nuevo de la ordenanza municipal por la cual, a los once días del mes de diciembre, acordaban en reunión extraordinaria limitar la duración de los velorios en residencias particulares a la cantidad de dos días. Con el papel en mano, fue entonces el padre Néstor quien logró un día más, apelando a la misericordia infinita del Cristo del Descanso, así lo dijo, seriamente conmovido, aunque atrás Gabriela y Nora se miraban, igual de confundidas que los municipales, que ya se iban sin saber nada de ese Cristo.

Álvaro permanecía. Tampoco él podía explicarse cómo. Se acercaba a Hilda, ponía su mano sobre sus manos, le corría un mechón de pelo detrás de la oreja. No hablaba. No sabía cómo. Solo podía abrazar a Amelia cuando pasaba por la cocina, agacharse a su altura, mirarse los dos a los ojos vidriosos, no decir nada, abrazarse de nuevo.

El cuarto día los municipales, decididos, informaron que ya no había plazo, que si no enterraban el cuerpo hoy mismo no solo iban a multar al propietario sino que había riesgo de cárcel. Álvaro no le tenía miedo a la cárcel, no iba a enterrar a Hilda de nuevo.

Así fue como decidieron llevarla a un pequeño terreno que tenía Genaro en las afueras de la ciudad, un lugar con dos piezas y un fondo inmenso en la parte alta de las sierras.

Hilda había sido cambiada de ropa cada día, su cuerpo comenzaba a desprender cierto perfume y Gabriela no quería que ella lo sintiera al despertar, si despertaba. Gabriela quería que ese momento, si llegaba, fuese un momento suave, que la vuelta al cuerpo, si volvía, fuera cómoda. Cada día, acompañada de Carmen y Clara, le sacaba el vestido, la dejaba en enaguas, con el ventilador de techo encendido, y mientras Clara llevaba a lavar el vestido anterior y Carmen buscaba uno nuevo, Gabriela le pasaba un trapo húmedo de agua enjabonada primero, luego de agua sola y luego de agua mezclada con colonia de azahar. Lentamente pasaba el trapo en completo silencio, mirando cada centímetro de la piel de Hilda, esperando que a sus ojos saltara un movimiento, un despertar. Carmen demoraba a propósito la elección del vestido porque sabía que detrás de ella Gabriela suplicaba de la única forma en que podía hacerlo. Susana las veía repetir el ritual parada afuera de la habitación, abrazando el marco de la puerta, sin saber cómo acercarse, cerrando los ojos cada tanto, con la ilusión de que al abrirlos nada de esto estuviera pasando. Cada vez que Clara salía con uno de los vestidos para lavar se acercaba a ella y le agarraba fuerte el brazo, Susana imitaba el cariño, agarraba el brazo de Clara y aprovechaba para tocar el vestido de Hilda, despedirse como podía, como puede hacerlo alguien que no quiere dejar ir.

El día que la llevaron al terreno de Genaro, Hilda tenía puesto un vestido con pequeñas flores naranjas y hojas verdes y amarillas. Llegaron al atardecer, todos estaban muy cansados, era la primera vez que salían de la casa, la primera vez de Hilda también. Habían llevado comida, velas, algunas mudas de ropa para Hilda, sábanas para cambiar las camas por si alguien quisiera quedarse a dormir.

Esa tarde fue la tarde que la despidieron, nadie lo dijo en voz alta, no hubo rezo ni canción ni discurso, quizás fue solo esto: Gabriela acercándose a besar la frente de Hilda y quebrándose en el llanto que había contenido, abrazando ese cuerpo que habría querido abrazar más, Amelia corriendo a abrazar a su mamá y agarrando también con su pequeña mano la mano de Hilda, una mano fría donde ella ya no estaba.

Las tardes sobre el campo de Genaro eran de un rosa ridículo, casi artificial, el chicle de Amelia masticado ruidosamente, un algodón de azúcar deshilachándose en el cielo. Álvaro y Genaro miraban arriba sin mucho esfuerzo, estaban casi ahí, a una altura de distancia del resto, en ese punto de la sierra donde el mapa ondulaba y la ciudad parecía un interior prestado de otra provincia.

No pasó mucho tiempo desde la llegada de Hilda hasta su lento e irremediable deterioro. La palidez azulada de las mejillas comenzaba a mudarse a los verdes y amarillos, el volumen de alguna forma parecía mermar, bajar del espacio donde antes estaba, buscar otra profundidad. Los dos lo notaban en silencio.

Cuando se quedaron solos, esa primera noche, Álvaro le dijo que él esperaría despierto, que fuera a descansar, que gracias por esto, que gracias por todo. Ese «por todo» era sincero, un cariño extraño, el perdón que llegaba mucho tiempo después, arrastrando quién sabe cuánta cosa, desvanecida también en el paisaje del cielo.

Genaro había imaginado a Hilda en ese campo, de otra forma. El día del café, cuando Hilda se acercaba a él directamente, como una flecha, Genaro imaginó la posibilidad; el mediodía en su oficina, Genaro la sintió palpitar hasta la locura; la tarde en casa de Hilda, Genaro veía su campo repleto de niños corriendo, a Hilda feliz, a él feliz. En esas imágenes no estaba Álvaro, pero años después, ahora, mirándolo, sabía que su falta no significaba ausencia, quizás todo lo contrario.

Hilda había llegado a él por Álvaro, como ahora. No sentía una pizca de vergüenza, no tenía por qué, no tenía tampoco envidia, quizás el deseo era solo eso, el puro anhelo de lo que no tenía, la persistencia de lo que hubiera sido. Ahora, Álvaro a su lado, esta tristeza repetida, esta experiencia incierta, absurda. Sentía más dolor por Álvaro que otra cosa. Hubiera querido que él nunca los encontrara, hubiera querido ver a su hijo en brazos de Álvaro, sosteniendo la mano de Hilda.

El chicle comenzaba a perder su sabor en la noche.

No pasaron muchos días, habrán sido tres o cinco. Carmen, Susana y Clara hablaron con el padre Néstor y el padre Néstor estuvo de acuerdo. Genaro no había dicho nada por respeto, pero Hilda no iba a volver, se estaba yendo en ese cuerpo y Álvaro en la vigilia.

¿Qué tal si se había recuperado antes por las condiciones del entierro? ¿Qué tal si lo malo era ese aire inmenso rozando la piel de Hilda?

Cada día era más difícil disimular el cambio, hacer de cuenta que no pasaba nada, esquivar el olor distinto. Para colmo había comenzado a circular ese otro rumor de la peregrinación del cuerpo, de que lo estaban escondiendo, y de ese rumor quedó flotando la palabra «cuerpo» y se convirtió en el cuerpo de niños y el peregrinar en robos y la vigilia en secta. Una sola palabra bastaría para convertirse en un desfile de delirios.

«Hay que pensar en llevarla de nuevo, Álvaro, a lo mejor la tierra del cementerio…». Le estaban ofreciendo una esperanza y él la aceptó.

El padre Néstor se encargó de hablar con Martín, el guardia del cementerio, mientras tocaba el borde de su estola morada recién cosida, inventó un sacramento con partes de aquí y de allá ante una mirada totalmente incrédula. Mencionó también algo sobre ser testigo de un acto de Dios, sobre el silencio de los justos. Cuando terminó de hablar, el guardia solo le dijo: «Si lo dejo hacer, ¿aquí se acaba?». «Sí», le dijo el padre.

No eligieron un cajón elegante ni firme, necesitaban que la madera resistiera la tierra pero pudiera romperse ante un esfuerzo mínimo. Necesitaban seguir pensando que era posible. De cada esquina del cajón se alzaba un pequeño tubo de metal de casi un metro, esa fue la condición de Álvaro, que tuviera cómo respirar si volvía, «que sepa que no la dejamos sola, que afuera la esperan». Desde el cementerio no se opusieron porque el padre Néstor dijo que la religión de Hilda así lo demandaba. «¿No era católica, la señora?», preguntaron. «Sí, pero de otros ritos», dijo el padre Néstor.

Como esta vez no cavaron tanto, los tubos salían de la tierra unos quince centímetros. Olvidaron la posibilidad de la lluvia y entonces hicieron guardia después de colocar la tierra hasta que llegó el herrero a soldar una especie de sombrilla en cada extremo, parecida a los extractores de las cocinas. «El rito», dijo el padre Néstor,

cuando el herrero lo miró desconfiado.

Siempre que el sol salía rebotaba en la tumba de los cuatro techitos.

Al principio, iban seguido a vigilar, con la excusa de la novena, para no levantar sospechas. Después fueron turnándose. Luego vino el ritmo de ir cada tanto, cada muy tanto. Álvaro todos los fines de semana. Amelia, sin que nadie lo supiera, todos los días. Era la nena de la tumba con techitos y después fue la chica que escribía en la tumba de techitos. La nieta de Hilda.

Cuando el cementerio decidió remover los techitos y exhumar los restos, después de años y años sin recibir pago ni visita de familiares, los guardias se miraron con miedo. Habían escuchado historias sobre la señora de esa tumba. No tardaron mucho en llegar al cajón barato, en abrir y encontrar restos de huesos y un montón de papelitos escritos con tinta roja que alguien debía haber tirado por esos tubos oxidados.

no voi a ir nunca mas al colejio abuela me dijeron cosas feas y perdi de nuebo la goma mamá me dijo que no me compra mas gomas

me cae mal Lucia ella tiene abuela pero es bieja

mamá me reto porque la maestra me puso un 5

TE ESTRANIO MAMÁ HILDA PODES BOLVER

la tia carmen me regalo una barbi para mi cumpleaños fue ayer. pedi un deseo pero no tengo que decir que es porque sino no vas a volver

terminé la primaria mami Hilda, no me fue tan mal. te extraño.

mamá está cansada del trabajo y dice que sería mejor ir a otro lado, yo no quiero, quiero vivir siempre en nuestra cuadra.

el abuelo está enfermo de nuevo, tengo miedo, ¿dónde estás?

mamá Hilda, ahora que están juntos, ¿van a volver los dos? No nos dejaron ponerle un tubito al abuelo. Me da mucha pena no poder escribirle.

Ahora uso la bici del abuelo. Vine todos los días a acostarme encima de su tumba para escuchar. El guardia nuevo me retó y me dijo rara. Me dan ganas de venir a la noche y asustarlo.

Mamá dice que no le gusta venir aquí pero igual yo sé que ella viene todo el tiempo, no soy boluda. No te enojes porque diga boluda, ¿qué vas a hacer? ¿Salir a retarme?

Mamá quiere mudarse. Dice que aquí ya no hay nadie y que a lo mejor en otro lado hago más amigos. Nos peleamos de nuevo. Creo que tiene miedo por lo que pasó, que se me escape y me traten de loca de nuevo. A mí no me molesta. El otro día unos nenes me gritaron «ahí viene la loca de la bici». Me di vuelta rápido y amagué con perseguirlos, se fueron corriendo. Siempre se van corriendo.

Me gusta venir aquí, estar sola, escribirte. Me quedo mirando fijo el tubito, esperando que salga otro papel desde adentro.

Te voy a querer siempre.

Sobre la autora

Salomé Esper nació en Jujuy en 1984. Es escritora y editora. Estudió Comunicación Social en la Universidad Nacional de Córdoba y la Especialidad en Diseño Editorial en Edinba (México). Publicó dos libros de poemas: *sobre todo* (2010, Intravenosa) y *paisaje* (2014, Tres tercios). Actualmente edita el *Sensacional de escrituras* y es coordinadora editorial en 17, Instituto de Estudios Críticos.

© Salomé Esper, 2023
© Editorial Sigilo, 2023

Arte de tapa: Mariana Ruiz Johnson
Diseño de portada: Gonzalo Marín
Ebook : Tomás Caramella

Primera edición en papel: junio de 2023
Primera edición digital: junio de 2023

ISBN:978-987-82814-6-9

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Queda prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra sin la autorización por escrito del editor.

Editorial Sigilo SRL
Pedro del Castillo 549 8° C
(C1414AWK), Buenos Aires, Argentina
sigilo@sigilo.com.ar
www.sigilo.com.ar

Sigilo editorial S.L.
Madrid
info@sigilo.es
www.sigilo.es

Verdad, misterio, locura y maravilla

Índice de contenidos

Portada
Dedicatoria
Sobre la autora
Créditos